

La Ilustración Artística

Año XVII

BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1898

Núm. 860

EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS. - BARCELONA. 1898



EL MERCADO EN SEVILLA, cuadro de Ricardo López Cabrera



PLAZA DE SAN BAUDILIO DE LLOBREGAT, acuarela de Joaquín Coll y Salieta



ARRIEROS, cuadro de Clemente Origo

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca universal** el segundo de los tomos correspondientes á la presente serie de la misma, que será **CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES. ENSAYO DE IMITACION DE UN LIBRO INIMITABLE**, obra póstuma del malogrado escritor ecuatoriano D. Juan Montalvo. El mejor elogio que podemos hacer de este libro y de su autor es reproducir lo que acerca de uno y otro ha dicho el eximio literato D. Juan Valera, quien ha escrito á propósito de Montalvo lo siguiente:

«Su saber era variado, hondo y extenso; su ingenio, original y agudísimo; su modo de sentir, universal ó cosmopolita; su espíritu se había alimentado con deleite y había digerido y convertido en substancia propia la flor del pensamiento de los antiguos griegos y latinos y de los modernos ingleses, franceses y españoles. Nadie, con todo, se jactará fundadamente de ser más español que él por el espíritu y por su primera manifestación sensible, la palabra.»

En cuanto al libro, dice de él que es la obra de un hombre de gran talento, del más atildado prosista que en estos últimos tiempos ha escrito en lengua castellana y de un hombre de imaginación briosa y rica.

La obra va ilustrada con dibujos del reputado artista José L. Pellicer.

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *El marqués de Cerralbo*, por Atico. — *El cuento de las tres duquesas*, por Juan Lorrain, artículo ilustrado con tres grabados. — *Crónica de la guerra*, por A. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Vivir para amar*, novela (continuación). — *Exposición general de Bellas Artes de Barcelona*, por A. García Llansó. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*El mercado de Sevilla. Plaza de San Baudilio de Llobregat. Arrieros. Rebaño. Escenas de fábrica. Santón musulmán. Futuro. Teodora. Septiembre. Retratos. El claustro de las joyas durante la feria de Amberes, siglo XVII. Coro de monacillos cantando villancicos en presencia de Margarita de Austria y de Carlos V niño. Un éxito. La Virgen del Olivo. Flores. Esperando la limosna. Cristo rendido. Visita de pésame. Plato de losa italiana. Riberas del lago de Como. Salida de la procesión de la iglesia de Santa María de Barcelona. En la feria. Camino de Benalosa. Siempre afligido. Retrato. Sin noticias. Ensueño. Ofrenda*, obras presentadas en la actual Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. — *El marqués de Cerralbo*. — *Emilio Aguinaldo*. — *La movilización de tropas en Tampa*, grupo de cinco grabados. — *Tres tíos de actualidad. El tío Sam, el tío Sam...son y el tío Paco*, por R. Cilla.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Asuntos universales, amén de nuestra crisis interior y exterior. — Número y complicación de tales asuntos. — Tristeza que sugiere hoy el comienzo de la próxima centuria. — Crímenes y errores del fin de siglo. — Complicación de todos los problemas europeos con el problema español. — Predominio de Alemania en Europa y de Rusia en Asia por consecuencia del conflicto anglo-francés perpetuo. — Proyectos de británica inteligencia con América y el Japón. — Frustración de ambos planes. — Imposibilidad absoluta de que se cumplan las condiciones precisas de uno y otro. — Sajones y cartagineses análogos en sus finalidades y destinos. — Situación de Italia. — El comunismo italiano. — La reacción muy mal remedio. — Viva siempre la libertad. — Conclusión.

Nuestros asuntos interiores y exteriores en la tremenda crisis por que atravesamos, la más terrible de nuestra historia contemporánea, me han impedido hablar con el debido espacio de los asuntos exteriores y de las varias fases presentadas en los meses últimos por las naciones extrañas, quienes no han dejado de tropezar con dificultades enormes, cuyo número é intensidad á primera vista parecen poco graves y peligrosos hoy, cuando para lo porvenir guardan incalculables daños, naturalísimos en problemas de largos planteamientos y de intrincadas soluciones.

Las reñidas competencias de los Estados europeos en China moribunda; las vueltas y revueltas del Japón, indeciso en sus ambiciones; los esfuerzos de varios estadistas ingleses para constituir con los pueblos sajones del Viejo y Nuevo Mundo, no un gran mercado, trabajador é industrial, según quería la progresiva escuela de Manchester, un gran Imperio conquistador y guerrero, según querían los reaccionarios románticos cesaristas; el combate dado por la plebe italiana en Milán á la monarquía plebiscitaria, con el movimiento regresivo que acaba de suscitar este combate; las sendas renovaciones de sus Parlamentos en Alemania y en Francia, movidas por una indeliberada é inconsciente aspiración comunista, hoy más intensa que nunca en sus desapoderados apetitos y más difícil de satisfacer en su intrínseca substancia; los mismos gobiernos orientales, desmenuzándose hasta provocar la doble muerte de Turquía y de Austria, exigen atención detenida y merecen vivo interés, no sólo por su importancia intrínseca en sí, por su trascendencia inevitable á nues-

tros males que, dada la solidaridad terrestre y humana, cada día perturban á la tierra con mayor perturbación y cada día con mayor impulso impelen atrás nuestra especie en sus vías de libertad y de progreso.

* *

Quando veo las escuelas comunistas, que prolijos análisis científicos destrozaran para siempre, tan en boga; los sajones, á quienes habíamos encomendado la formación de un *soverein* planetario, convertidos en piratas y dados á perdurables rapiñas; la nación del idealismo puro, de la caballería tradicional, de aquella fe que hace los milagros, la nación española, trucidada por aleve turba de voraces tiburones, enrojeciéndose con purpúrea sangre humana caliente los mares celestes; la intolerancia religiosa levantando su cabeza de serpiente hasta constituir partidos antisemitas, como el de Viena y de París, ó provocar una batalla en las calles, como la reciente de Belfast, por mantener los odiosos privilegios luteranos contra la emancipación católica de Irlanda y sus hijos ortodoxos ante las cenizas, no frías aún, de Gladstone, danme tentaciones de pedir á Dios lo entierre á uno, con el expirante siglo XIX, y le procure un verdadero consuelo con la seguridad completa de no ver centuria, como la centuria próxima, que con tales síntomas de retroceso y con tamaños ataques á la justicia se inaugura ó anuncia. Pero dejémonos de expresar tristezas, que deprimen el ánimo, y vamos á los hechos, pasados en revista con suma brevedad.

No conozco ni uno solo sin relación estrecha con todo cuanto á los españoles ahora nos acaece. Nadie tiene tanto deseo como nosotros de saber si el Asia será dirigida y gobernada por la nerviosa inquietud japonesa ó por la secular inmovilidad chinesca. Ningún pueblo libra tantos intereses como nosotros en que las inteligencias anglo-sajonas de aquende y de allende los mares se anuden ó no se anuden. El combate de Milán, tan trascendente á la suerte de la europea plebe, no hubiera sucedido sin la carestía del trigo; y la carestía del trigo no se hubiera determinado sin la guerra hispano-americana.

De seguir dominando el partido imperialista en Inglaterra, seguirán prevaleciendo los aires de guerra hoy reinantes allí; como de seguir prevaleciendo los aires de guerra hoy reinantes allí, sobrevendrá un conflicto universal, en cuyos holocaustos y sacrificios se querrá inmolarse, antes que á ninguna otra de las víctimas designadas, al pueblo español, blanco primero de las iras protestantes, quienes aún buscan desquites de antiguas humillaciones. Y nosotros necesitamos tener más allá de nuestras fronteras orientales una República de paz y libertad, no un César de guerra y de rapiña.

* *

El día que Alemania, so color de proteger los misioneros cristianos, desembarcó en las costas amarillas y tomó un pedazo de imperio celeste, vióse con claridad cómo quedaba destrozado el equilibrio asiático, y cómo este superior elemento de verdadera estabilidad no podía renovarse y rehacerse sino después de una guerra espantosa. En otro tiempo andaban de acuerdo las dos naciones liberales Francia é Inglaterra, lo mismo respecto de Turquía que respecto de Egipto, lo mismo en Egipto que en China. Mas Francia é Inglaterra se dividieron, y de tal división surgió, como la más natural consecuencia, una hegemonía germánica en el europeo continente, otra rusa hegemonía en el continente asiático, y como corolario de todas estas consecuencias el conflicto perpetuo anglo-francés desde los arenales del suelo africano hasta las marismas del Celeste Imperio, con grave detrimento de sus mutuos intereses y mucha prosperidad ruso-alemana en todo el viejo mundo.

Tal perturbación profundísima genera la inquietud general británica, y los esfuerzos hechos por muchos hombres de pro ingleses para determinar en Asia una inteligencia con el Japón y determinar en América una inteligencia con los yankis. Mas estas dos inteligencias, anudada la una en secretas maniobras diplomáticas y apercebida la otra en discursos resonantes, han fracasado con ruidoso fracaso y no han salido del racionio al hecho. El Japón, tan avenido con Inglaterra por las ambiciones moscovitas sobre Corea y tan desavenido de Rusia, vira hoy en redondo, por seguridades, mandadas desde Petersburgo con perfidia y recibidas en las tierras del sol naciente con entusiasmo, de que la presa caerá en sus manos, lo cual destruye, no solamente los planes

ingleses, los mismos planes de América en el más viejo y más sagrado y más histórico de todos los continentes.

* *

Pues tampoco han prosperado gran cosa los discursos resonantes que han propuesto una perdurable amistad anglo-americana. Los grandes movimientos diplomáticos externos deben generarse todos en grandes movimientos políticos internos, como se ha determinado en Rusia la unión estrecha con Francia y en Francia la unión estrecha con Rusia. Cuando una gran parte de la opinión nacional se opone á los acuerdos internacionales, nacen éstos á la postre tan desmedrados como ha salido la inteligencia germano-italiana, urdida mucho tiempo hace y en Italia todavía no arraigada. Se necesita pertenecer á las más ilusas sectas, ó sustituir con el criterio subjetivo de una psicología egoísta el criterio de la observación y de la experiencia, verdaderamente objetivo, para querer cambiar la índole fundamental de dos maduros pueblos, arrastrándolos desde las competencias industriales y mercantiles, creadoras de suyo, á esas otras competencias en incendios y degüellos, de suyo apocalípticas y exterminadoras. Cuando los sajones expidan sus ejércitos estipendiados contra los ejércitos nacionales, acaeceráles exactamente lo mismo que les sucedió á los cartagineses con Roma y los romanos.

Mientras la poderosa ciudad mercantil del antiguo mundo peleó con regulillos africanos y sus hordas bárbaras, vencieron sus mercenarios; pero en cuanto peleó con una ciudad culta y un ejército ciudadano, los mercenarios fueron, amén de vencidos, exterminados. Las alianzas anglo-sajonas exigen primero que las mantenga el sentimiento inglés unánime; después, que tomen los dos pueblos unidos otra compleción opuesta con la que ha constituido su poder, su provecho, su influjo, su gloria. Cuando yo he visto que ni Harcourt, ni Morley, ni Dilke admitían el convenio propuesto por Chamberlain, y que Salisbury mismo lo rechazaba por modo indirecto, he dado ese convenio por frustrado, y helo puesto entre las utopías irrealizables, que no se comprenden ni explican en verdaderos políticos, y menos si estos políticos pertenecen al gobierno, y menos si pertenecen á un gobierno tan práctico y positivista como el gobierno inglés. Así la primera tentativa hecha por Inglaterra para convertir su imperio colonial de federativo en unitario, ha marrado ahora mismo. Australia, consultada en solemnes comicios, para transmutar su constitución, ha votado por la estabilidad, burlando las esperanzas del ciego innovador y oponiendo un veto suspensivo muy largo á sus temerarias innovaciones.

* *

Grave situación la británica; y no menos grave la situación de Italia y de Francia. He dicho muchas veces que no hay pueblo tan socialista de suyo como el pueblo italiano. En Alemania están los pontífices, en Francia los vulgarizadores, en Italia los soldados del Comunismo. Y así como un día las ideas liberales se condensaron en el Norte de Italia; hoy se condensan en el Norte de Italia las ideas comunistas.

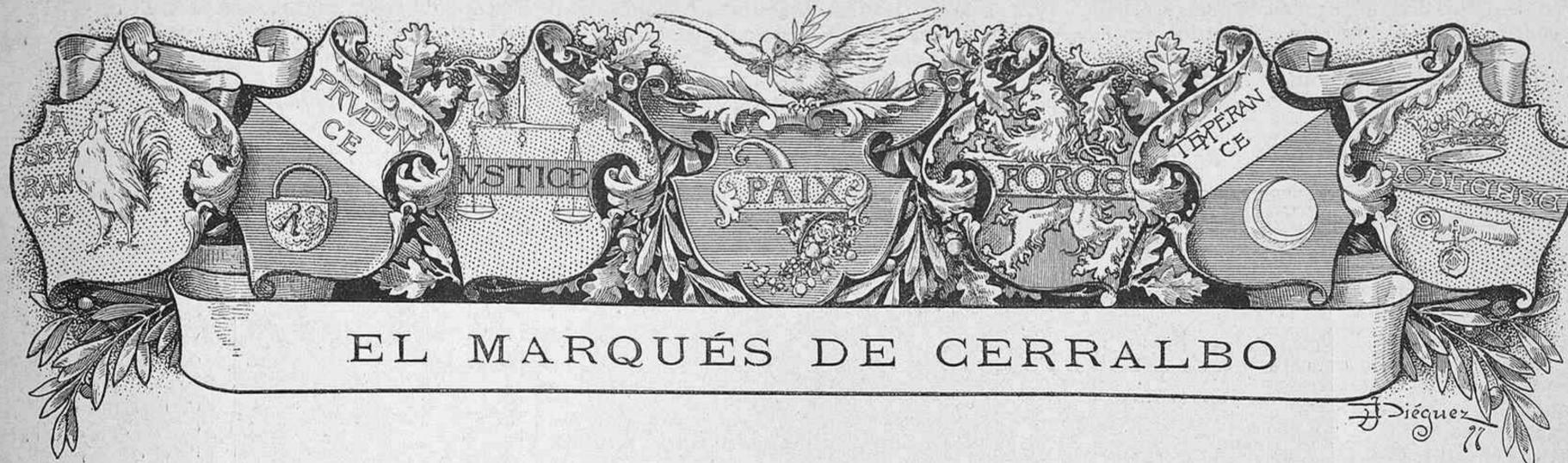
Todos los movimientos revolucionarios, desde que los pueblos han entrado en la libertad contemporánea, resultan de todo punto estériles. El socialismo puede ir modificando lentamente la sociedad por una filtración serena de sus doctrinas posibles y practicables en la realidad y en la vida sociales. Pero el socialismo colectivista, como ahora se comprende tan erróneo ideal, no puede realizarse, ni desde arriba, ni desde abajo. El Imperio alemán ha demostrado con todos sus recursos que no puede realizarse desde arriba, y la comunidad revolucionaria con todo su ascendiente parisiense que no puede realizarse desde abajo.

El fenómeno único, presentado por esta insurrección, ha sido una prueba evidéntísima, tangible, de que los intereses comunistas y los intereses reaccionarios se identifican en este período histórico.

El arzobispo de Milán aparece tan desatentado como cualquier tribuno de callejuela, y los frailes han mordido cartuchos como los últimos barricaderos. Y sin embargo, me parece abominable la reacción política propuesta por Visconti-Venosta contra males de la democracia, que solamente se curan por la libertad.

Habitan los sofismas sociales, como las aves nocturnas, los abismos adonde no llega el resplandor de las grandes y progresivas ideas.

Sax, 13 de junio de 1898.



EL MARQUÉS DE CERRALBO

EL MARQUÉS DE CERRALBO

Si alguien fuera tan osado, que, metiéndose en camisa de once varas, ó en palacio de once mil preciosidades, preguntase «¿Quién es usted, y cómo siente, piensa y quiere?» al marqués de Cerralbo, poco menos estoy que absolutamente seguro de que le contestaría lo siguiente:

— Aquí vivo. Las pruebas de mis vocaciones son estas. Esos mis libros. Aquellos mis salones. Tales mis cuadros, mis tapices, mis caballos y mis armas. Los de la historia patria mis recuerdos. Las de la muerte mis tristezas. Los de la conciencia mis deberes. Mi alma de Dios, mi corazón de la patria, mi voluntad del rey... y esta casa de usted.

Nació en Madrid. Tiene cincuenta y dos años. Estatura justa y complexión nerviosa. Palabra afluente y dicción rapidísima. Acción ágil y desembarazada. Espíritu abierto y afable condición, y todas las necesarias finezas para conquistar las simpatías del mundo.

Es un gran señor, muy noble, muy rico y muy culto; y un frenético tradicionalista bien influido por todos los grandes refinamientos de los días que corren.

Lo que puede lo hace por sí mismo, y escribe de su puño y letra las cien cartas diarias de la propaganda de su partido; y trazó los planos de su palacio, la división de las estancias y de las galerías, los techos y los pavimentos, el capitel, la cornisa y el zócalo, el adorno, el perfil y la gradería, con su lápiz y con su pluma.

El marqués de Cerralbo planea, dibuja, pinta y decora.

Es artista teórico y práctico. Sin música de ningún género, porque lo único que no he visto en su palacio es el piano; con la sólida afición arquitectónica de los órdenes clásicos; dado á las ansias coleccionistas que las reúne para satisfacerlas con el caudal para lograrlas; escritor de frase rica; conferenciante provisto de copiosa erudición; orador de amplia y nutrida sintaxis; poeta de forma y giros espléndidos, y político de fe ciega, de esperanza inagotable y de tanta generosidad de distinciones y afectos que los tiene para todos los suyos en la colaboración que le prestan, y para todos los ajenos en la comunicación de la vida social; sólo hay una víscera desatendida en su organismo, y no vacía porque no lo consiente la vida orgánica, y no maltratada porque de ella cuidan sus servidores, pero la menos favorecida en las preocupaciones del marqués.

Esa víscera es el estómago.

Su mesa española, castizamente española, bien servida siempre, es lo que interesa menos al que la preside. Pasa frecuentemente que no se entera de lo que ve; aun ocurre en más de una ocasión que ni siquiera de lo que come; y sólo tuvo una orden que dar ya conocida y que se cumplirá mientras viva exacta y fidelísimamente: la de comer también á la española y á la una en punto... si se puede.

Es decir, si no manda otra cosa ó si no requiere en aquel mismo instante algún servicio la causa ó el deseo de D. Carlos de Borbón.

Desde el siglo XII, en que el primero de sus antepasados conquistó á los moros el pueblo de Cerralbo, sus términos, sus caseríos y sus montes en la provincia de Salamanca, hasta el siglo XVI, en que fué convertido el señorío de Cerralbo en marquesado por el emperador Carlos I, y hasta el XIX en que D. Enrique de Aguilera y Gamboa, actual marqués

de Cerralbo, heredó este título, fuera quien fuese el marqués, en todos ha sido el mismo el culto rendido á las grandezas de la patria sin creer en sus debilidades. Y las páginas de la historia señalan en períodos que nunca separaron grandes paréntesis su legítima influencia en los acontecimientos.

Este D. Enrique Aguilera, de quien escribimos, fué siempre cariñosamente distinguido por D. Carlos

á su partido que fuera y se mostrase ardientemente revolucionario, lo sería Cerralbo más que nadie.

Las primeras candidaturas para la Diputación á Cortes las presentó en 1891. Y por acuerdos sucesivos ha seguido presentándolas desde aquella fecha.

El carlismo, digo yo, no sufre ni padece las influencias de los tiempos. Mejor dicho, las goza.

Recibe lo que él no hubiera dado jamás.

Fuera sólo una intransigencia, y sería una intransigencia imposible. De otra manera y con otros procedimientos perderá tal vez más que su nativa significación la de su nombre de pila, pero sería eso mejor para él probablemente.

¿Que no quiere ser de esa manera?

Pues entonces tendrá que renunciar á la esperanza de ser otra cosa que la protesta á ratos amenazadora y quizá sangrienta, pero siempre estéril.

Apenas encargado de la jefatura el marqués de Cerralbo, hizo un viaje de propaganda por toda Cataluña. Era el primero que se hacía para contar las fuerzas.

Después fué á Valencia. Y cundió la noticia y surgió el propósito entre la muchedumbre de prepararle una manifestación hostil. Se apeó del tren á la entrada de la hermosa ciudad, salió de la estación en su carruaje rodeado de correligionarios, y atravesó las calles entre horrible pedrea, escarnecido y silbado. Llegó á la fonda con el coche medio deshecho. Subió á sus habitaciones y no quedó un cristal en balcón ni ventana de las cuatro fachadas del edificio. Invitóle el dueño, que era italiano, á izar la bandera de su país en lo alto de la casa y se negó á ello Cerralbo rotundamente. Llegó la noche; el general Azcárraga se hizo cargo del mando sin que nadie lo resignase. Salió á la calle la guardia civil concentrada en la plaza de toros, salieron los batallones, se proclamó el estado de sitio y se prolongó durante siete días. Cerralbo abandonó la fonda por una puerta retirada, sin acceder al empleo de un disfraz que le prepararon, y acompañado siempre por su amante esposa y ejemplar compañera, que ya goza de la presencia de Dios.

Hubo interpelación en el Congreso. Y Cerralbo recuerda sobre todo el discurso de Martos y la frase de Romero Robledo, que al referir los peligros de muerte corridos por el marqués decía:

— ¡Ese hombre, que parece que viene del otro mundo!.

En el Senado fué más breve el debate. Cerralbo no tuvo palabras de rencor ni de recriminaciones, é hizo gala de olvido noble y generoso.

Hoy cuenta aquellos sucesos como quien refiere un incidente pasajero, como una anécdota, en menos palabras que yo los recuerdo, y con la sencillez y el deseo de que no resulte la narración ni dramática ni interesante, sino es para sentir que su mujer lo hubiera presenciado todo.

Si eso hace el espíritu cristiano, ¡que Dios se lo conserve!

El partido se creyó acertadamente en el caso de desaguiar á su jefe, y por suscripción de los suyos fué obsequiado con un presente regio. Es una corona monumental de hojas de plata, con orla primorosa formada por los escudos de las poblaciones que recorriera é inscrito en el lazo el lema tradicional.

Visitó después Cerralbo las Provincias Vascongadas y Navarra; dos veces estuvo en Aragón, y en Venecia y en Viareggio, y donde su señor le llamaba siempre que las necesidades de la política lo requie-



EL MARQUÉS DE CERRALBO

de Borbón. El año 1882 le nombró mayordomo de su casa, y de tal ejercicio en Frosdorf cuando se verificó el casamiento de doña Blanca con el archiduque Salvador.

El año 1888 le nombró también D. Carlos presidente de todos los círculos de España.

El año 1889 le encomendó el nombramiento de las Juntas que habían de preparar las fiestas conmemorativas de la conversión de Recaredo, base principal de la actual organización del carlismo, que cuenta con trescientos círculos, catorce juntas regionales, cuarenta y seis en capitales de provincia y hasta tres mil con todas las de carácter local.

Por aquel tiempo hizo D. Carlos un viaje á América, y encomendó la dirección del partido durante la ausencia á sus generales Valdespina, Caveró, Maestre y Fortun. Volvió D. Carlos y asumió la jefatura. Delegó después las atribuciones directivas en Villoslada y en 1890 las entregó á Cerralbo.

Entonces comenzó la organización carlista. Y la ultimó Cerralbo con mucho éxito. Activo, organizador, sistemático y penetrado así de las necesidades de la política que representa como de los medios de realizarla, los aplica todos á los intereses de la fuerza que dirige, y usa de cuantos derechos tiene y le concede la ley.

Mas si alguna vez interesara á su rey ó interesara

rían. Unió los diversos elementos antes separados, y conseguida la organización del partido, los llevó juntos al cementerio de Cegama para la inauguración del monumento dedicado á Zumalacárregui.

Hoy sigue Cerralbo activa correspondencia con todos sus correligionarios. Por su luto vive alejado de los salones. No es hombre de casino ni aficionado á los círculos. La primera vez que visitó el Ateneo de Madrid fué por invitación de la Junta para que diese una conferencia sobre el virreynato de Méjico, y leyó un estudio verdaderamente notable. Divide su tiempo entre los menesteres del carlismo y sus aficiones artísticas. Fuera de casa sólo tiene las dos obligaciones periódicas de su corazón y de su política, y las dos las cumple los domingos. Primero va al cementerio á rezar por el alma de su esposa muerta, y después al casino carlista á trabajar por el éxito de su monarca vivo...

Dejémosle en esta labor, que sabe Dios si no ha de ver concluída jamás, y entremos en su casa.

Aquello es un palacio; no diré que por fuera de supremas bellezas, pero sí digo que por dentro de tantas cosas que ver, que se necesita el tiempo de una carrera larga para enterarse.

La sala de las armaduras parece un vestibulo, y fuera de la Armería Real será difícil encontrar otra más poblada y mejor provista.

La galería de las pinturas es un Museo. Apenas hay escuela sobresaliente sin ejemplar magnífico en el palacio de Cerralbo. Sarto, el de las finísimas veladuras; Ticiano, el de los colores brillantes, y Rivera, el de las grandes audacias. Greco, el austero, y Zurbarán, el triste, y Goya, el revolucionario. Murillo, el pintor de la belleza y de la gracia; el Veronés, amo de la composición y señor de la perspectiva, y Van Dyk, que inmortaliza en el lienzo á quien quiere y como quiere. Y Alonso Cano, y Salvator Rosa, y Julio Romero, y Pablo Vos, y Palma el Joven, y Herrera el Mozo, con tan variada y distinta y típica personalidad todos ellos. Y los Boloñeses, representados por Caracci, tan sublimemente plagiarios que mejoraban los grandes originales de la escuela veneciana y de la escuela florentina; allí están todos en cuadros de potentísima vida y en los retratos de la más valiosa iconoteca que hemos conocido, fuera del Museo del Prado. Unos, los menos, los heredó Cerralbo. Otros, los más, los adquirió solícito, y en España la mayoría, porque los caudales extranjeros no repatriaran los de sus artistas y porque no perdiera España los de sus hijos.

Allí ha reunido también el hombre que atesora estas maravillas la colección de mármoles raros más curiosa y más variada. El de Paros y las ágatas de Granada, y los de Tanagra, y Agrigento, y Chipre,

y Stokolmo, y Atenas, no se acaban de admirar porque no se acaban de ver en aquellas estancias.

El monetario riquísimo parece más feo que otros porque es más antiguo que ninguno, y no se explica la reunión de tanto y tan diferente ejemplar sino sumando al dominio de la numismática la paciencia de un coleccionista impertérrito, la fortuna de un

pedras de esta península y de la otra y de la de más allá, y á la plata y á los bronces de no sé donde, no sé cuántas urnas, ni cuántas habitaciones, ni cuántos departamentos.

Reza en dos oratorios; hace que come en tres comedores; escribe en media docena de despachos; juega á billar en dos mesas, y una precisamente de

Fernando VII; y con tanto en que vivir se reduce á las dos primeras habitaciones del piso bajo, y á la lumbre de una chimenea recibe las visitas, despacha el correo, y en el mismo salón que preside un retrato de don Carlos con más barbas que Federico Rubio, come con algún pariente y se pasa la vida el marqués de Cerralbo.

Y para no seguir porque me faltan el tiempo, el espacio y el aliento, ni digo nada de los tapices, ni de las salas de conversación y de visita, ni de las contiguas habitaciones de tomar el te, y el desayuno, y el aire de la mañana, y el sol del mediodía, y el fresco de la noche; porque no se puede esperar de nadie que se acuerde de todo lo que ha visto, cuando no cabe todo en la memoria de ninguno.

Cerralbo es bibliófilo, y posee una biblioteca de Arqueología, Bellas Artes, Historia y Numismática selecta.

Y nada digo del agricultor en su magnífica posesión de Santa María de Huerta, más que Granja modelo, donde tiene aclimatados los árboles y las frutas de Nápoles, Bruselas, Gante, Valencia y Corinto. Y nada del ganadero, que ha logrado en su yeguada un tipo de caballos elegantísimo y fuerte, y de una docilidad y fácil manejo, que no hay sino verles en sus trenes de Madrid para comprender su orgullo de haber obtenido una especie ejemplar. Y mucho me falta para poner á

Cerralbo en la calle y sin secretos..., pero basta lo dicho para conocer al hombre, al artista, al político, al caballero y al prócer.

Juntad ahora una educación exquisita á una firmeza de convicciones inquebrantable; una condición esencialmente aristocrática á unas maneras y porte de la democracia más atractiva; seis títulos de nobleza heredada á otros tantos lo menos de nobleza nativa; una conversación erudita y animada á una inteligencia perspicaz y brillante; y siendo así como lo creo el actual marqués de Cerralbo, os explicaréis que la última vez que me enseñó sus cuadros pensara yo, bajando la escalera de su casa, á su lado y con los dos perros que le acompañan, los dos sumisos, cariñosos y mansísimos, uno detrás y otro delante, pensara yo diciendo:

— ¡Qué dolor que este hombre se dedique á la política!..

ÁTICO

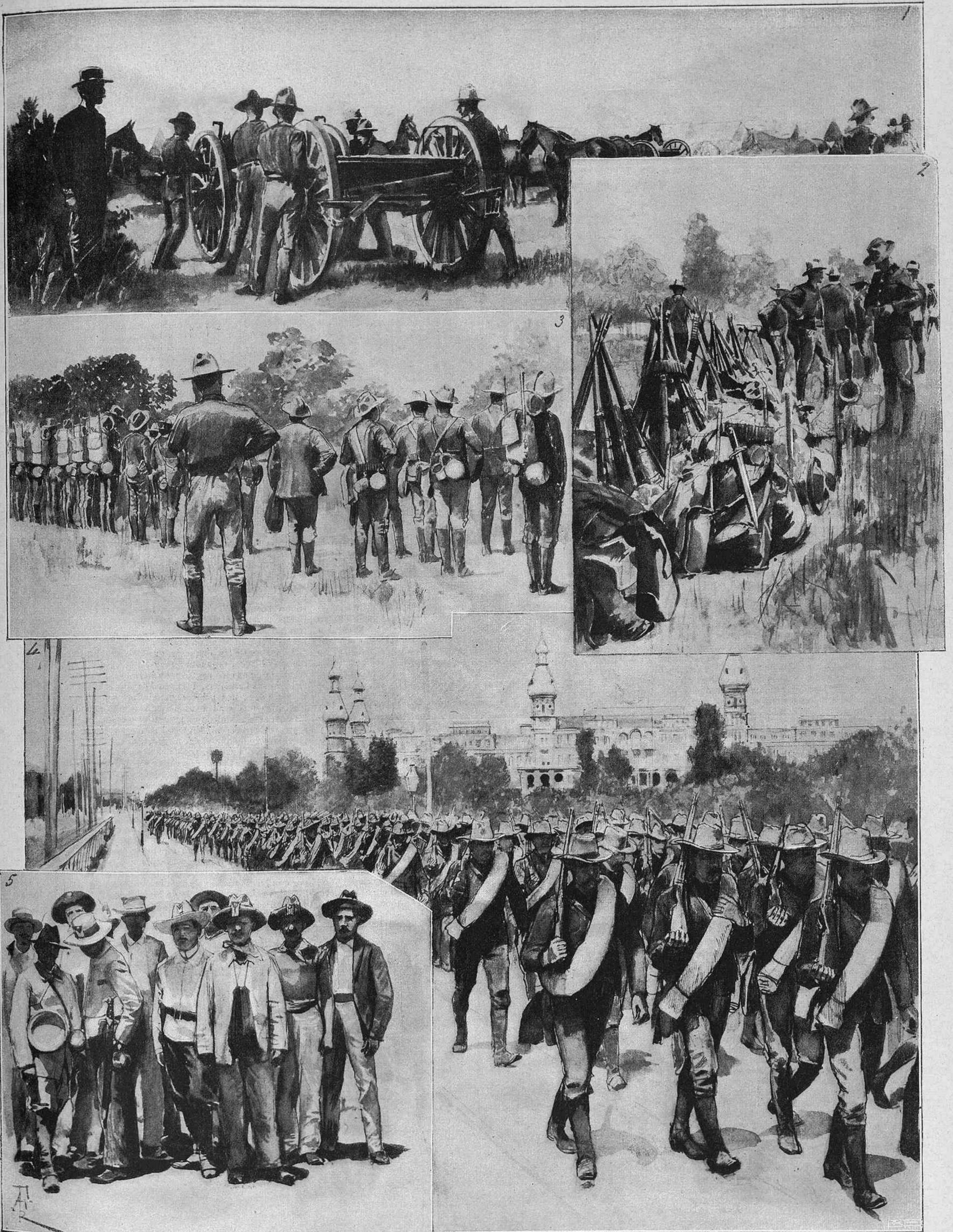


EMILIO AGUINALDO

En diciembre de 1897 gritó ¡Viva España! En mayo de 1898 se ha aliado con los yanquis contra los españoles

millonario sin codicias, el acierto en la elección y la suerte del hallazgo. Las monedas de necesidad acuñadas en las plazas sitiadas las guarda una vitrina que mataría de desesperación á otro aficionado menos rico y menos dichoso en sus exploraciones, rebuscos y descubrimientos.

Los espejos de todas las épocas, las arcas, los vargueños, las sillerías de todos los tiempos, las proclamas de todos los países, los azulejos de todas las fábricas y los dibujos de grandes pintores de la historia, se ven por todas partes, sobre los más artísticos veladores, sobre las mesas de la construcción más original, más moderna ó más antigua, delante de los armarios de cuasi todos los imperios y de los muebles de cuasi todos los reinados y del menaje de todos los tiempos y de todos los países. Ha dedicado un gabinete á las armas ofensivas del Japón; una vitrina á los encajes de todos los puntos; otra á varios interesantes objetos de la época de Luis XV. Y á los candiles romanos, y á los barros, y á las



LA MOVILIZACIÓN DE TROPAS YANKIS EN TAMPA, según el periódico inglés *The Illustrated London News*. - 1. Sección del 5.º regimiento de artillería. - 2. El 22.º regimiento de infantería con las armas en pabellones y en disposición de armar las tiendas de campaña. - 3. Llegada del 22.º regimiento de infantería al campamento. - 4. El primer regimiento de infantería entrando en Tampa después de una larga marcha de ejercicio. - 5. Grupo de reclutas cubanos en Crespidas Hill, Tampa occidental.



... allí permanecían todavía cuando el sol, envuelto en rosadas nubes, transpuso el horizonte

EL CUENTO DE LAS TRES DUQUESAS

Apenas amaneció, asomáronse las tres hijas del gobernador al amplio balcón desde el cual se dominaba toda la campiña; y allí permanecían todavía cuando el sol, envuelto en rosadas nubes, transpuso el horizonte.

En la vasta cámara, cuyas paredes cubrían ricos tapices de seda, un grupo de doncellas pulsaba dulcemente las cuerdas de las tiorbas y de los laúdes, y en toda la torre octógona ofase un vago y delicioso murmullo que las tres hermanas no percibían; pues tenían puestos sus miradas y sus pensamientos mucho más allá de las almenadas murallas de la ciudad, de las escarpas esmaltadas de gotas de agua, de los campos de centeno y de los pantanosos campos de las vecinas aldeas, fijas lejanas, muy lejanas, en los azules montes por donde habían desaparecido los últimos bohemios con sus carros de ruedas macizas, sus pequeños y escuálidos caballos de trenzadas crines y sus chiquillos gesteros y rapaces.

Un mes hacía que por grupos de veinticinco á cien desfilaban al pie de la ciudad, bien protegida por su triple recinto amurallado, por entre cuyas almenas asomaban las cabezas de aquellos curiosos habitantes que allí acudían para verlos pasar; y durante aquel tiempo las tres jóvenes duquesas, perfectamente resguardadas en la elevada ciudadela que su padre gobernaba, habían visto desfilas, á pie unos, á caballo otros y todos erguido el cuerpo y alta la cabeza, más de un señor egipcio de negro y cresgado cabello, de rasgados y brillantes ojos y de bronceada y verdosa tez. Un mes hacía que, divertidas por las muecas y los juegos de manos de aquellos mendigos, habían abandonado el amplio balcón de su locutorio, que se abría sobre la plaza del Mercado y enfrente de la catedral, y sentado sus reales en la doble ojiva de su oratorio, en donde permanecían mañana y tarde, hasta que anochece, esperando ver asomar por el camino, al otro lado de los fosos de agua encharcada, las miradas metálicas y los dientes blancos de los jóvenes bohemios.

Y en toda la población, las mujeres, así las de los artesanos como las de los patronos, experimentaban hacia esos paganos de Egipto la misma curiosidad de las duquesas. Lo propio sucedía todas las primaveras cuando esos malditos cabalgadores del sábado de las brujas, procedentes se ignora de dónde, de las marcas de Bulgaria, ó de las provincias de Bohemia, ¿quién sabe?, quizás de más lejos, como su antepasado el emperador Atila, invadían el país como nubes de langosta. Sus caras prolongadas, de heréticos, y sus anchos y oblicuos ojos traían revueltas á las hembras, que abandonaban el huso y la rueca, el coladero, la iglesia ó la bodega para acudir á las murallas, en donde se tocaban con el codo y se reñan al contemplar á los desnudos chiquillos de esos bandidos, cuando no se arriesgaban, abandonando sus pudorosas reservas, á visitar el campamento lleno de tiendas y carros de aquellos trashumantes extranjeros.

Esos bohemios, gente descreída, saqueaban casas de campo y alquerías, apacentaban sus caballos en los sembrados, robaban los cerdos en los establos y retorcián el pescuezo á los gallos en los gallineros; hacían mal de ojo á las embarazadas, que á los nueve meses parían unos chiquillos morenos como aceitunas y velludos como machos cabríos; vendían á los muchachos filtros para enamorar á las muchachas, y con sus socialinas sacaban á las casadas el dinero de sus maridos, y á cambio de buenos escudos contantes y sonantes daban toscas alhajas de plata labrada á martillazos, anillos para impedir matrimonios ó para asegurar la fidelidad, amuletos contra la fiebre de la que inevitablemente morían los enfermos, horóscopos equívocos evocados por bocas de desdentadas viejas del fondo de una caldera llena de un cierto líquido negro y hediondo, paquetes de hierbas secas y otras

mil cosas por el estilo que fundían como en un crisol el oro de los ciudadanos, lo mismo el acuñado que el de las joyas, que desaparecía de repente de arcas y escondrijos para ser en un mes absorbido por las asquerosas alforjas de aquellos miserables bandidos.

Y así venía aconteciendo desde hacía mucho años. Apenas asomaban las primeras florecillas, aparecían en el campo aquellas gentes á caballo y á pie, famélicos y altaneros, con su gran saco en el arzón de sus sillas; las mujeres llevaban á la espalda el caldero, el tenedor de hierro y el plato de estaño, que constituían toda su fortuna; los ancianos y los niños desnudos, como impuros dioses, amontonábanse en los carros, y toda esa turba cantaba y bailaba alegremente soportando los rigores del sol, del viento y de la lluvia, rasgueando la guzla y saltando y haciendo piruetas.

Sus estridentes risotadas y sus locos pataleos maleficiaban las encrucijadas en cuanto brillaba en el cielo la primera estrella; ya muy entrada la noche encendían grandes hogueras, y desde que asomaban por el país aquellos vagabundos la seguridad de los caminos dejaba mucho que desear.

Aquella primavera el duque gobernador, cediendo á las súplicas de regidores y mercaderes, había prohibido á los habitantes de la ciudad que salieran fuera del recinto mientras estuvieran por aquellos lugares esos malditos paganos, y durante todo aquel hermoso mes de abril los bohemios habían desfilado por el otro lado de los fosos y acampado al pie de las murallas, mientras desde los caminos de ronda y las atalayas espíanlos con miradas codiciosas las esposas de los hombres acomodados y las hijas de los artesanos, despechadas contra el gobernador y afligidas por la prohibición en el edicto contenida.

Durante aquel hermoso mes de abril, cuando los espinos florecen y embalsaman el aire las flores que como copos de nieve cubren los manzanos, cuando el sol brilla en todas partes y sus

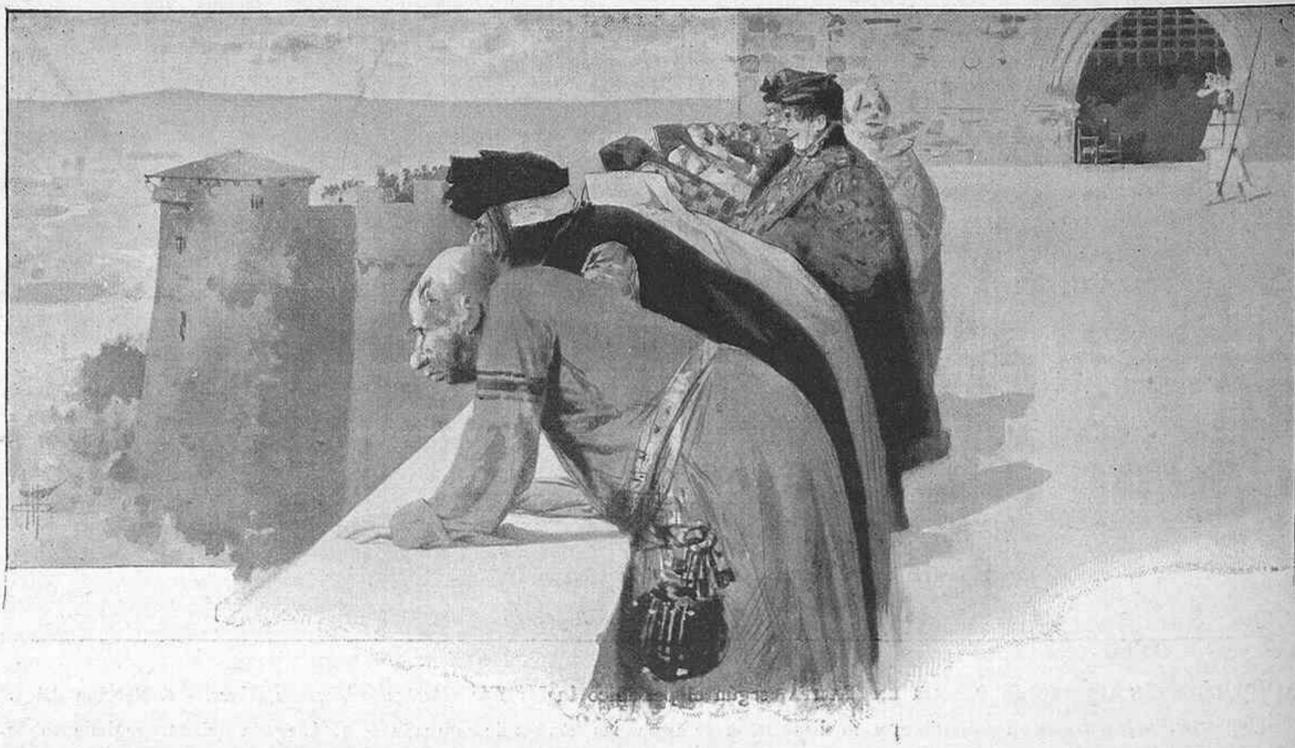
rayos se posan, así en las tranquilas aguas del lago como en los tiernos botones de los sauces, no habían tenido más remedio que permanecer sentadas en un rincón del hogar, tirando de la aguja ó hilando lana, en vez de correr por los prados cogiendo flores; así es que la consternación era general, lo mismo en las mansiones nobles de la ciudad alta que en los zaquizamies de los arrabales. También reinaba la consternación en el palacio, en donde las duquesas acostumbraban congregarse, una vez cada temporada, los mejores músicos de la tribu nómada y se deleitaban durante todo un día escuchando sus tocatas y sus canciones. Pero el duque inflexible había prohibido á los bohemios que entraran en la ciudad del mismo modo que á los habitantes de ésta salir de ella y encaminarse al campamento: las jóvenes duquesas, por esta razón, sentían contra su padre un resentimiento que aumentaba de día en día á medida que se iba haciendo más rara la aparición de las hordas egipcias, porque había circulado por la villa el rumor procedente de las vecinas aldeas de que los bohemios en lo sucesivo darían un gran rodeo á fin de no acercarse á la ciudad que les cerraba sus puertas; siendo, por consiguiente, aquella la última vez que se detenían al pie de sus murallas.

Dos días hacía que el último carro de la última tribu había desaparecido entre los dorados arboles del crepúsculo y las azuladas tintas del paisaje, dejando oír los estridentes rasgueos de las guitarras y ofreciendo el poco edificante espectáculo de los desnudos adolescentes. Desde entonces reinaba un silencio sólo interrumpido por el pío pío de los pájaros de un nido, el silencio abrumador de los campos que sólo cesará cuando el segador hunda su hoz entre las mieses, y por el camino, que serpenteaba y se desarrollaba en una extensión de muchas leguas, únicamente aparecía de cuando en cuando un viandante como hormiga perdida en aquellas soledades. Y allá lejos, muy lejos, la mancha oscura de los montes destacaba sobre el firmamento pálido fijas, por decirlo así, sus miradas en el horizonte.

Era, pues, aquella la tercera tarde y las tres hijas del gobernador permanecían desde el alba en el amplio balcón que daba al campo; en la vasta cámara, poco antes animada por los cuchicheos y las canciones de las doncellas, callaban los laúdes y las tiorbas; hacía dos horas que el sol habíase ocultado tras las moradas cumbres de las montañas, y la luna, surgiendo de entre un bosquecillo de cipreses, bañaba en argentada luz los lívidos tapices del ducal gineceo, en donde quedaban solas las tres hermanas, porque la hora de la comida había llevado á las cocinas á su servidumbre.

La mayor de las duquesas, que se llamaba Belangere, que era muy blanca, muy alta y muy formal y que tenía el cabello castaño y unos ojos negros muy hermosos, volvióse lentamente hacia sus hermanas, Ivelania la rubia y Merilda la pelirroja, y sin decir una palabra, poniéndose un dedo sobre los labios, hizo una seña á sus hermanas, seña misteriosa, porque las dos, acometidas de un repentino temblor, palidieron y se acercaron una á otra. En aquel momento dejóse oír en el campo el sonido de una viola, alegre, provocativo y embelesador, y luego lloró una voz, pero una voz de sueño, tan pura, encantadora y triste era; una voz de arroyo, una voz de luna, una voz de flor que cantara: las dos jóvenes inclinaron la cabeza y dócilmente siguieron á su hermana.

Juntas descendieron al salón de altas y blasonadas bóvedas donde cenaba su padre, hundido más bien que sentado en macizo sillón, á la escasa luz de algunas bujías que pendían de las paredes, teniendo á sus pies los dos perros daneses con los hocicos apoyados en sus rodillas y rodeado de guerreros vestidos con férreas armaduras que esperaban sus órdenes. Como tres hadas penetraron las duquesas en la sala oscura, que se iluminó como si en ella entrara la aurora; las tres cubrían sus cuerpos con largas túnicas de seda bordada con pederería, y sus perfumadas cabelleras, roja la de Merilda y rubia la de Ivelania, relucían como llamas al escaparse por debajo de sus tocas de



... por entre cuyas almenas asomaban las cabezas de aquellos curiosos habitantes

perlas y brocado. Apoyados sus pechos sobre el respaldo del sitial, enlazaron con sus desnudos brazos el cuello del duque, y oprimiéndole dulcemente en actitud suplicante, sonriendo, acariciándole con sus manos y con sus palabras, derramaron en el jarro á él reservado un brebaje que traía la silenciosa Belangere y con el cual humedecieron también ellas sus labios. Después, colmándole de besos, Ivelania, arrodillada junto á él, y Merilda, medio sentada en el brazo del sillón, obligaron al duque á beber tres vasos de aquel vino, mientras Belangere permanecía de pie y detrás de su padre con el ánfora en la mano.

Y cuando el duque se hubo amodorrado, circuló el jarro por toda la mesa, y de su contenido, servido á los capitanes y á los soldados por las delicadas manos de las duquesas, bebieron todos aquellos hombres, cuyos ojos brillaban debajo de los pesados cascos de hierro y cuyas cicatrices avivábanse dando á sus rostros aspecto de máscaras, porque las jóvenes duquesas, con los hombros al descubierto, sonreían con sus labios y con sus ojos á los criados y á los señores, apoyaban en las bocas de éstos sus blancos dedos y con sus ademanes desenvueltos parecían en verdad tres cortesanas. En tanto, á lo lejos, en el silencio de la noche límpida, la viola seguía cantando y la voz lloraba sin cesar.

Poco á poco, todos los hombres de armas al servicio del duque se adormecieron y, quién con la cabeza apoyada sobre la mesa, quién recostado el cuerpo en un ángulo del salón, todos roncabán, mientras en el cuerpo de guardia los centinelas también dormían embriagados por el paso de las tres duquesas: en toda la ciudadela oíase una especie de estertor; un sueño mágico se había apoderado de sus habitantes.

A lo lejos, muy lejos, en los irisados claros, en los senderos luminosos y entre los matorrales del bosque iluminado por la luna, percibíase los relinchos y el galope de tres caballos que ligeros corrían por entre los árboles; los crujidos de ramas que se desgajaban y de hojas aplastadas, y los murmullos de los pajarillos que despertaban sobresaltados en sus nidos: también se oía una voz, no quejumbrosa ya, que tranquilizaba á las ramas, á los nidos y á las hojas, y á la que respondían, como otros tantos gorjeos, las canciones y las risas de otras tres voces.

Y cuando despuntó el día en el castillo ducal, las doncellas se detuvieron consternadas en la puerta del gineceo: las tres duquesas habían desaparecido. Se encontró abierta de par en par la poterna que daba al campo y al centinela de pie, apoyado contra el arco del portal, con un puñal hundido en el corazón, clavado por una de las tres jóvenes Belangere, Ivelania ó Merilda. Una mano desconocida había suspendido, á modo de provocación, una guzla bohemia y una rama de hiniesta del escudo de piedra que adornaba la puerta... Todos los hombres de la guarnición pusieron en movimiento; pero por más que registraron la comarca en todas direcciones, no encontraron ni rastro de las tres duquesas. Y ya no volvió á pasar por la ciudadela la banda de bohemios.

JUAN LORRAIN

CRONICA DE LA GUERRA

Comenzaremos esta crónica con algunos detalles de los tristes sucesos de Filipinas, de que dimos cuenta al final de la anterior.

Las pocas noticias que el general Agustín pudo comunicar al gobierno español desde que el comodoro Dewey cortara el cable que ponía en comunicación aquel archipiélago con el resto del mundo, permitían esperar que entre el elemento indígena se operaría una reacción favorable á España, merced á la cual no había de ser difícil á los españoles de allá rechazar las acometidas de los yanquis y aun tomar la ofensiva á poco que se viera en éstos debilidad ó indecisión. Estas esperanzas halagüeñas, de las que nos hicimos eco en anteriores crónicas, resultaron desgraciadamente fallidas: el traidor Aguinaldo, vendido al oro de los norteamericanos, como antes se vendiera al de los españoles, desembarcó en Cavite, protegido por el comodoro Dewey, y se puso al frente de numerosas partidas que le esperaban y entre las cuales repartieron abundantes armas por los yanquis facilitadas. Mientras varios otros cabecillas marchaban á Bulacán para tomar el mando de los rebeldes de aquella provincia, Aguinaldo, con un contingente de 3.000 hombres, que iba engrosando de día en día, se apoderó de Bacoor y pudo



... obligaron al duque á beber tres vasos de aquel vino...

de la China, lo cual parece indicar que esta potencia no ha de allanarse tan fácilmente á que los Estados Unidos se apoderen del archipiélago á pretexto de constituirse en protectores de la proyectada república filipina.

No hemos de comentar el proceder del tristemente célebre Aguinaldo: fué traidor á los suyos y lo ha sido ahora á los españoles. Ha hecho por consiguiente el oficio para el cual tiene predisposición y aptitudes especiales. En cuanto á la conducta de los yanquis ayudando á los insurrectos tagalos, ha de causar verdadera repugnancia á todos los pueblos civilizados.

Este vergonzoso contubernio está admirable y gráficamente calificado en el siguiente párrafo que copiamos de una correspondencia de Madrid, inserta en el decano de la prensa barcelonesa:

«Ese miserable (Aguinaldo), aliado con los norteamericanos, ha desembarcado en Filipinas y ha conseguido sublevar á todo el país contra España. Los yanquis han logrado también parte de su infame obra: destruir la soberanía de España en toda la isla de Luzón á muy poco precio; les ha bastado sorprender una ciudad casi indefensa y dar á los hijos rebeldes de España los medios para cometer el horrendo crimen de traicionar á su patria. Es la única victoria que hasta la presente ha conseguido esa llamada *gran república* sobre nosotros: destruyeron una escuadra de barcos viejos por sorpresa, y desmembraron nuestro territorio coadyuvando á una traición.»

En las Visayas y en Mindanao, según despacho de aquel comandante general, puesto el día 8 en Ilo-Ilo y recibido el día 13 en Madrid, reinaba en las tropas y en todo el territorio un espíritu levantado y no había ocurrido más novedad que el ataque de los moros de Mindanao contra la trocha de Kuran y la línea de Marahuit, habiendo sido rechazados con grandes pérdidas, y la entrada de noche y con las luces apagadas en el puerto de Ilo-Ilo de un crucero enemigo, que se retiró después de practicar un reconocimiento.

Y para terminar lo referente á nuestras posesiones del Pacífico, consignaremos la noticia de haberse apoderado el crucero americano *Charleston* de las islas Marianas, noticia de origen yanqui y no conocida oficialmente por nuestro gobierno.

Conócense ya algunos detalles del tercer bombardeo de Santiago de Cuba: entre los heridos, por fortuna leves, de nuestro ejército, figura el coronel de artillería Sr. Ordóñez, inventor de los cañones de su nombre, que últimamente había sido destinado á aquella plaza para dirigir las obras de fortificación. Sobre el acorazado yanqui *Massachusetts* cayó una granada que

rechazar el día 28 de mayo á un destacamento de infantería de marina que quiso atajarle el paso, haciéndole 320 prisioneros. Al día siguiente, después de una lucha encarnizada y gracias únicamente á la traición de los voluntarios indígenas que se pasaron al enemigo, apoderóse de Cavite Viejo, avanzando después sobre Manila al frente de fuerzas verdaderamente formidables: 4.000 soldados españoles enviados por el general Agustín les salieron al encuentro, librándose un combate horroroso que duró setenta horas y en el cual los nuestros fueron vencidos por la inmensa superioridad numérica del adversario, dejando en el campo más de 400 muertos y heridos. Después de varios encuentros más, todos ellos favorables á los rebeldes, llegaron éstos á los alrededores de Manila, cuyas autoridades dispusieron que toda la población se concentrara en la ciudad murada y se apercibieron á una heroica defensa. Entonces fué cuando el general Agustín envió al gobierno el telegrama que copiamos al final de la crónica anterior y que ha sido la última noticia de carácter oficial que se ha recibido de la capital del archipiélago.

¿Qué ha sucedido después? Difícil es averiguarlo, pues incomunicados con Manila, todas las noticias que de allí nos llegan deben ser puestas en entredicho por su sospechosa procedencia. Dícese que Aguinaldo y los suyos querían atacar la plaza y que se opuso Dewey, temeroso de los atropellos que pudieran cometer y amenazándoles con cañonearlos si penetraban en la ciudad. Se ha dicho también que los sitiados se habían rendido, no sabemos si á los insurrectos ó á los norteamericanos; pero el gobierno lo ha negado, afirmando que el general Agustín cuenta con medios suficientes para sostenerse hasta recibir refuerzos. En suma, que nada positivo se sabe acerca de la situación de Manila desde el día 3: lo único cierto es que Alemania ha enviado á aquella bahía varios de los buques de guerra que tenía en los mares



REBAÑO, cuadro de Corneille Van Leemputten



ESCENAS DE FÁBRICA, cuadro de Manuel Benedito Vives



SANTÓN MUSULMÁN, cuadro de Fabio Fabbi



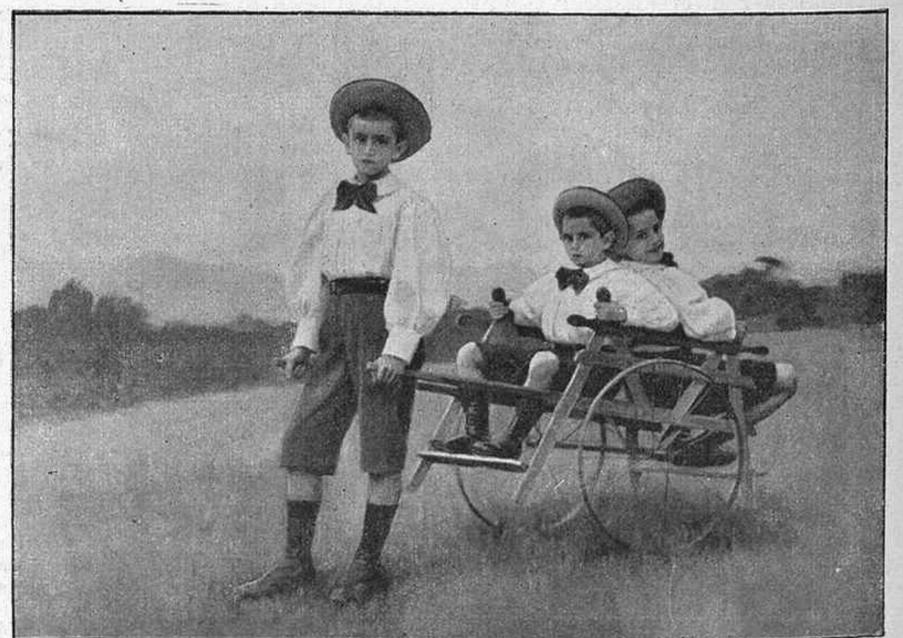
FUTURO, cuadro de David de la Mar



TEODORA, escultura de Jean Riviere



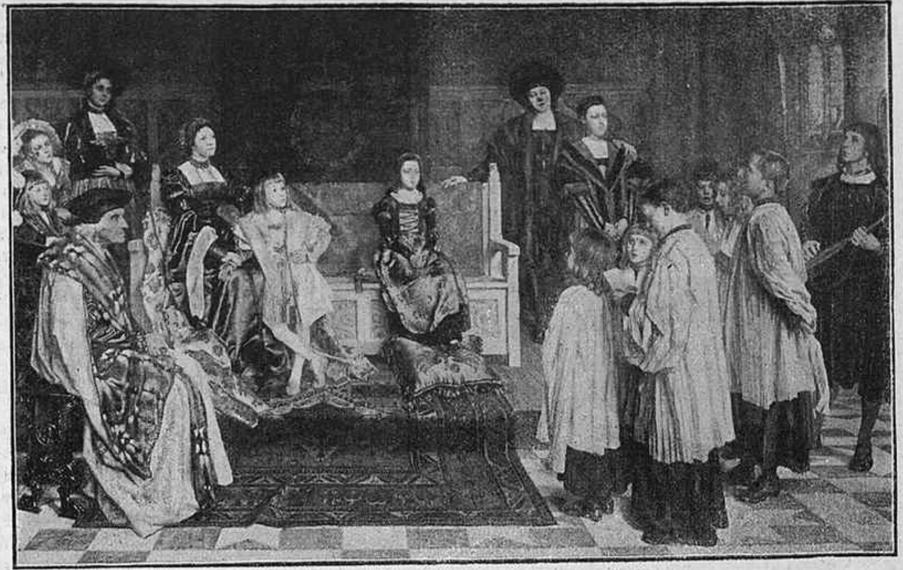
SEPTIEMBRE, cuadro de Luis Domenge



RETRATOS, cuadro de Dionisio Baixeras



EL CLAUSTRO DE LAS JOVAS DURANTE LA FERIA DE AMBERES. SIGLO XVI, cuadro de Pierre Jean Van Onderaa



CORO DE MONACILLOS CANTANDO LOS VILLANCICOS EN PRESENCIA DE MARGARITA DE AUSTRIA Y DE CARLOS V NIÑO, cuadro de Willem Geets



UN ÉXITO, cuadro de Francisco Masiera



LA VIRGEN DEL OLIVO, bajo relieve en bronce, por Antonio Pandiani



FLORES, cuadro de Félix Mestres



ESPERANDO LA LIMOSNA, cuadro de José Benlliure

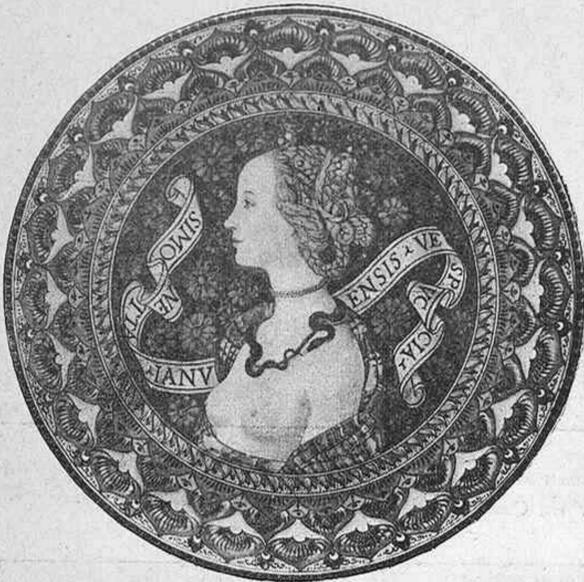


CRISTO RENDIDO, cuadro de Theophile Lybaert



VISITA DE PÉSAME, cuadro de Luis Alvarez

desmontó é hizo reventar un cañón, causando numerosos muertos y heridos entre los tripulantes y considerables averías en el buque; también las tuvieron importantes los cruceros *New-York* y *Brooklyn*. A pesar de esto, los corresponsales norteamericanos que van con la escuadra de Sampson telegrafiarán á sus periódicos que ésta no había tenido bajas ni sufrido avería alguna. Según estos mismos periodistas, los barcos yanquis lograron hacer enmudecer todas las baterías de la plaza, en mu-



PLATO DE LOZA ITALIANA, obra de Camillo Novelli, premiado en la Exposición de Bellas Artes é Industrias de Barcelona de 1893

chos de cuyos fuertes se declararon formidables incendios, en vista de lo cual el comodoro mandó cesar el fuego de sus buques y se retiró tranquilamente. Esto último no nos lo explicamos: si nuestros enemigos redujeron á silencio todos nuestros cañones; si los desastres por ellos causados en nuestros fuertes fueron tan grandes como suponen; si, en una palabra, lograron vencer en toda la línea, ¿cómo no aprovecharon ocasión tan excelente para apoderarse de la tan codiciada plaza? Franca- mente, no se comprende este nuevo sistema de hacer la guerra: hemos de suponer, sin embargo, dado el adelantamiento en todos los ramos de la *gran república*, que su procedimiento debe ser la última palabra de la estrategia y de la táctica navales. De no ser así, habremos de creer ó que Sampson demostró una prudencia rayana en miedo, ó que el relato de aquellos corresponsales es falso: esto último nos parece lo más lógico.

No obstante estos repetidos fracasos sufridos por su escuadra en Santiago de Cuba, no abandonan los yanquis la idea de apoderarse de aquella plaza, á cual efecto siempre permanecen en sus aguas gran número de buques en espera de una coyuntura propicia para llevar á cabo sus propósitos apoyados por Máximo Gómez, de quien se dice que al frente de 5.000 insurrectos se dispone á atacar por tierra la ciudad. Dícese también que los norteamericanos han logrado realizar un desembarco en Guantánamo, cosa que niega el gobierno, fundándose en informes de las autoridades de la isla: los diarios de Nueva York, que afirman el hecho, dicen que el día 10 desembarcaron en la orilla Este de la bahía de Guantánamo 850 soldados de infantería de marina, protegidos por los cañones del *Oregon* y del *Marblehead*, y que después de haber incendiado varias casas ocuparon las alturas vecinas, construyendo en ellas trincheras y levantando allí su campamento; y añaden que, atacados por

recibir refuerzos, abandonaron las posiciones y se reembarcaron después de cambiar algunos cañonazos con las baterías españolas.

En la Habana no ha ocurrido ninguna novedad: únicamente merece consignarse que en la mañana del 10, en vista de la insistencia con que los barcos enemigos se acercaban á la costa hacia Bacuranao, haciendo sondeos, salieron del puerto el crucero *Conde de Venadito*, los cañoneros *Nueva España* y *Yáñez Pinzón* y la lancha *Flecha*: los buques yanquis se replegaron y mantuvieron á diez kilómetros de distancia y dispararon sin resultado algunos cañonazos que no fueron contestados por los nuestros, los cuales regresaron al puerto en vista de que no era posible atraer al adversario al alcance de nuestras baterías, que era el propósito que llevaban al verificar aquella salida.

Contradictorias en extremo son las noticias que de la Florida y Cayo Hueso se reciben respecto de la organización de las expediciones destinadas á invadir la isla de Cuba: todos los días nos llegan de allí telegramas diciendo que se han embarcado tantos ó cuantos regimientos, y ya hemos perdido la cuenta de los miles de hombres que, á ser ciertos aquellos anuncios, deberían haber llegado á las aguas cubanas. Si realmente han salido, ¿dónde están? Si han arribado á Cuba, ¿qué esperan para desembarcar, siendo como son tantos y disponiendo como disponen de tantos elementos? En esto de las expediciones y de los desembarcos nos parece que es mucho mayor el ruido que las nueces, como vulgarmente se dice, y que los yanquis saben muy bien que ni esta es la época más á propósito para realizar sus intentos de ocupación y que no es por tierra donde mayores ventajas pueden conseguir sobre nosotros. Su superioridad numérica por mar es innegable; pero en tierra firme les ha de ser difícil llegar siquiera á igualarse con nuestro ejército, aclimatado, aguerrido y acostumbrado á una clase de lucha que ha de ser completamente desconocida para los norteamericanos y que les ha de costar mucho de aprender. Últimamente telegrafian desde Nueva York que el día 14 salieron de Tampa con rumbo desconocido 35 transportes convoyados por 14 buques de guerra y que se prepara un segundo ejército de invasión en Cuba.

En cuanto al estado de las tropas acampadas en la Florida, todas las noticias de origen yanqui coinciden en que es deplorables: la administración militar tiene que luchar con grandes dificultades para la organización de aquel ejército, siendo escandalosos los abusos que cometen los abastecedores en la entrega y reparto de víveres. Según declaraciones del mismo gobierno, todo ha tenido que improvisarse: teniendo en cuenta esto y el espíritu mercantilista de los norteamericanos, no es de extrañar que los contratistas de toda clase hayan aprovechado las circunstancias para hacer su agosto.

El almirante Sampson ha propuesto al general Blanco el canje de los prisioneros del *Merrimac* por los del *Argonauta*, y según las últimas noticias oficiales, el gobierno español no ha autorizado al capitán general de Cuba para aceptarlo.

En el teatro de la Gaité, de París, se ha celebrado en favor de los heridos españoles una alborada dispuesta por una comisión de señoras, de la cual formaban parte las duquesas de Luynes y de Beauvremont, la condesa de Choiseul, la vizcondesa de Bois-Landry, las marquesas de Flers y de Gramont y otras damas de la mejor sociedad parisiense. En ella tomaron parte mademoiselle Reichemberg y el célebre actor Mounet-Sully, de la Comedia Francesa, el eminente Novelli, las notables cantatrices Hading, Furny y Milly-Meyer y otros artistas de gran valía: el programa había sido dibujado por Grasset y el ambigü estuvo servido por señoras de la aristocracia. La fiesta produjo 70.000 francos, y cuantos en ella intervinieron merecen la gratitud de los españoles.

No menos la merecen nuestros compatriotas del Uruguay, que han enviado 900.000 francos para la suscripción nacional, y los de la Argentina, que á los 2.000.000 enviados anteriormente han añadido otro donativo de 500.000.

Escrito lo que respecto de Filipinas va al principio de esta crónica, se ha recibido un telegrama oficial del general Agustín, fechado en Manila el día 8, en el que dice que la situación continúa siendo muy grave, que los insurrectos rodean la capital, que ha replegado las fuerzas para concentrar la defensa en una línea de blocaos, reforzada á intervalos por una trinchera; que se halla interceptada la comunicación con el resto del archipiélago; que aunque nada sabe del general Monet le espera con refuerzos; que la población blanca acude á la ciudad murada, temiendo los desmanes de los rebeldes y prefiriendo el bombardeo, y que éste aún no había comenzado.

Como se ve, estas noticias no pueden ser más desconsoladoras. ¡Que el cielo se apiade de nuestros hermanos del archipiélago filipino!

En tanto los yanquis están preparando en San Francisco de California la segunda expedición que ha de conducir nuevos refuerzos á Dewey, y el gobierno francés, siguiendo el ejemplo de Alemania, ha dispuesto, según parece, que su escuadra del mar de la China se dirija á Manila. — A.

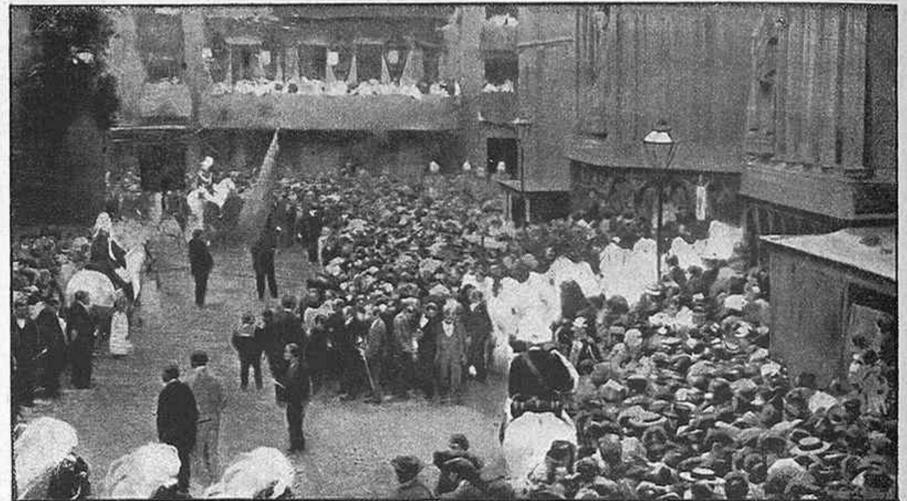
MISCELANEA

Bellas Artes. — PARÍS. — La viuda del famoso pintor Meissonier, recientemente fallecida, ha legado al Louvre todos los cuadros, acuarelas y dibujos de su esposo que había conservado en su poder, y entre los cuales figura el notable lienzo *Sitio de París*, por el que hace poco le habían ofrecido 800.000 francos.

Teatros. — PARÍS. — En la ópera se ha estrenado con buen éxito el drama lírico de Montorgueil y Gheusi con música de Samuel Rousseau *La cloche du Rhin*: el libreto se basa en una sencilla leyenda sobre el triunfo del cristianismo en los países germanos; la partitura, sin revelar una tendencia bien caracterizada, demuestra verdadero talento en su autor. En la Renaissance obtiene actualmente una serie no interrumpida de bien merecidas ovaciones el incomparable actor italiano Ermete Novelli.

Madrid. — En el teatro de la Zarzuela ha debutado el eminente actor Sr. Vico, que ha estrenado con gran aplauso el drama en un acto de Eugenio Sellés *Los domadores*, representado por vez primera en Madrid en italiano por el actor Novelli.

Barcelona. — En el teatro de Novedades se ha estrenado con buen éxito *El regimiento de Lupión*, graciosa comedia en tres actos de D. Pablo Parellada (Melitón González). El drama en tres actos del Sr. Echegaray *El hombre negro* no ha gustado al público de Barcelona, á pesar de la magistral interpretación de la Sra. Guerrero y del Sr. Díaz de Mendoza, quien ha hecho del papel de Leonardo una verdadera creación, habiendo obtenido una de las ovaciones más grandes que en nuestros teatros se han presenciado. En el Eldorado está dando una serie de conciertos clásicos la orquesta que tan admirablemente dirige el maestro Nicolau.



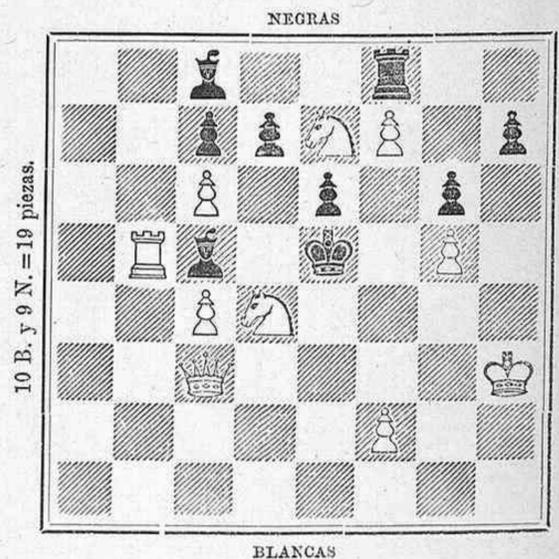
SALIDA DE LA PROCESIÓN DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE BARCELONA, cuadro de Ramón Casas (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1893)

Necrología. — Ha fallecido: Félix Buhot, aguafortista francés, autor de varios grabados que se consideran como obras maestras en su género.

La **CREMA SIMON**, cuya nombradía es universal, es á la vez que la más eficaz, la más barata de todas las cremas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 121, POR VALENTÍN MARÍN
Segundo premio del concurso de la revista danesa *Tidskrift for Shak.*

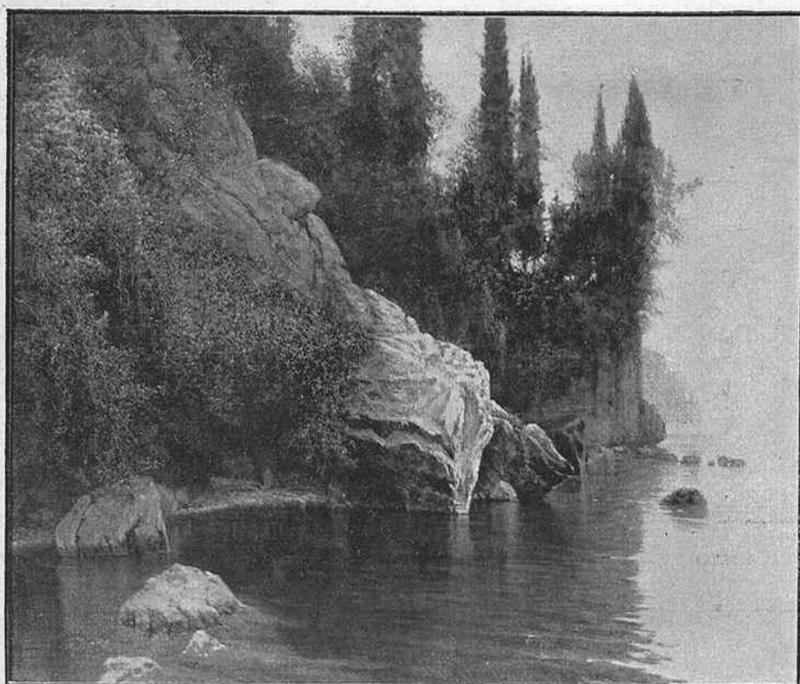


Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 120, POR A. CAMPO

- | | |
|---------------------------|---------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. P 8 A R pide C | 1. P 5 C R (*) |
| 2. T 4 A R | 2. P toma T ú otra. |
| 3. D toma P R ó 7 D mate. | |

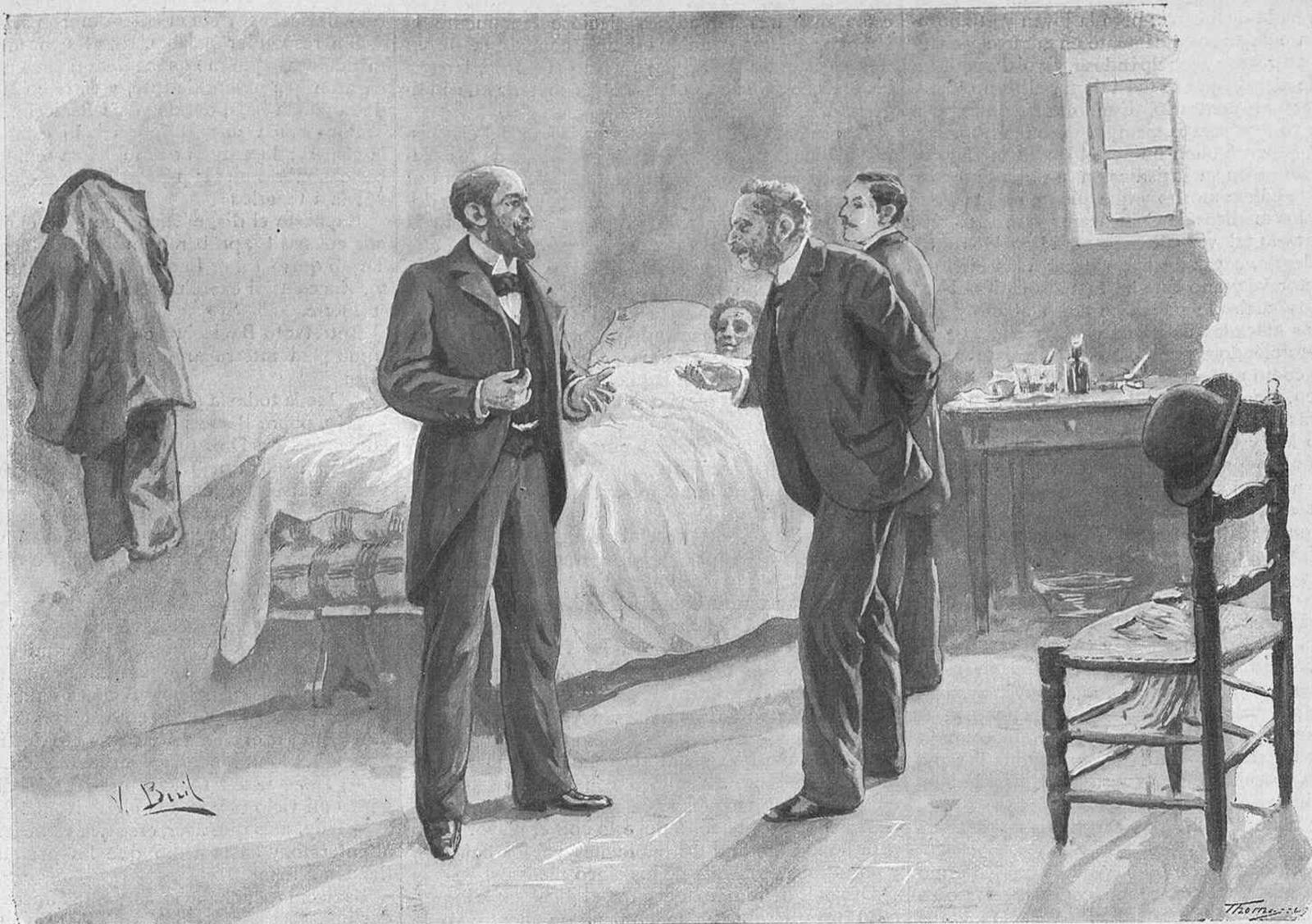
(*) Si 1. P 5 A R; 2. T toma P R jaque, y 3. D ó P 8 C D pide D mate; — 1. P 5 C D; 2. T 4 A D, y 3. D mate; — 1. P toma P; 2. T toma P T D, y 3. D mate; — 1. R toma T; 2. D ó A D jaque, y 3. C mate; — 1. P toma T; 2. D toma P R mate.



RIBERAS DEL LAGO DE COMO, cuadro de Félix Possart (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1893)

las tropas españolas, sostuvieron un combate que duró trece horas y en el cual tuvieron los desembarcados cuatro muertos y un herido.

Todas estas noticias deben ser tomadas á beneficio de inventario, pues aparte de los que niegan en absoluto el desembarco, no faltan telegramas en los que se asegura que se verificó, no el día 10, sino el 13, y que los desembarcados fueron, no 850, sino 60, con dos ametralladores, y que á poco de encontrarse en tierra, á causa del calor, de la falta de agua y de no



- ¿Tiene usted todavía esa seguridad?

VIVIR PARA AMAR

NOVELA DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE V. BUIL

(CONTINUACIÓN)

Entramos luego en el olivar, que al menos nos resguardaba de los rayos del sol; arrostramos alegremente el cansancio de subir la colina á paso largo, pero pausado, como verdaderos montañeses; yo encontraba de vez en cuando una hierba medicinal y encomiaba sus virtudes, y aun exagerándolas un tanto para que Mary me prestase atención, restituyéndole después su verdadero valor apenas encontraba otra planta más interesante.

Mary, con su cabecita alemana, iba almacenando en ella todas mis instrucciones; era una joven muy capaz de tener su pequeño herbario; en cambio el abogado Emilio no sabía ni quería saber nada de nada, y después de una detenida lección sobre la sardonia ó *Ranunculus sceleratus*, todavía lo confundía con la *calendula officinalis*; pero se justificaba diciendo ingenuamente: «Tiene el mismo color.»

- Pero, abogado de mi alma, en la naturaleza hay flores amarillas á millares; siguen luego todas las variedades de flores encarnadas, después las moradas y después las azules, que son las menos.

El no conocía más que una, el *miosotis*, y sabía también que este nombre era el símbolo de la memoria, que por algo había estudiado griego, y que su nombre vulgar es el de *no me olvides*.

Apenas dijo esto, miró al suelo, esperando que la naturaleza le proporcionase siquiera una de estas flores para ofrecérsela á su amada.

Pero la naturaleza fué cruel, porque el *miosotis* no florece en aquella estación.

Empeñado, sin embargo, en encontrar uno, se apartó algunos pasos de nosotros (me lo figuraba), dió con una planta maravillosa y llamó á Mary para que corriese á verla. De este modo Mary se soltó de mi brazo.

Entonces me limpié el sudor y seguí á los dos enamorados que, libres ya, se ocuparon breve rato en buscar flores; pero luego se olvidaron de todo, hasta del doctor, para decirse en voz baja que se querían mucho.

La casa de campo adonde iba estaba á dos pasos

de allí, y se nos apareció de pronto entre los olivos que la ocultaban.

- Esperadme un momento, que vuelvo en seguida.

El abogado ni siquiera me oyó; Mary comprendió mis palabras y me sonrió. Aquella sonrisa significaba que no me apresurase por ellos.

Pero el enfermo, que la tarde anterior sólo presentaba una simple irritación gástrica, me tuvo más de un cuarto de hora inquieto; tenía vómitos y una calentura terrible. Su mujer, que le había velado toda la noche, sentía que le faltaban las fuerzas, y estaba como descoyuntada, según me dijo; y dos niños, casi en cueros, que jugaban en el breve espacio defendido por una cerca, entraban de vez en cuando en la casa para buscar una caricia ó un beso de su madre; pero hasta dar un beso á sus propios hijos había llegado á ser una fatiga para la pobre mujer.

Quise saber cómo había contraído su marido aquella enfermedad, y me dijo lo siguiente: Baccicin, antes de ser labrador, había sido marinero, y conservaba una verdadera pasión por el mar, por los barcos y por sus compañeros de otro tiempo. Sabiendo que la *Bella Francisca* había llegado al puerto de Cuatroceros procedente de la India, el domingo anterior quiso ir á ver á sus antiguos compañeros y sólo encontró tres vivos; otros dos habían muerto durante el viaje.

Paz á los muertos y buen vino á los vivos. Había vuelto á casa de modo que apenas podía tenerse. ¿Consistía en el buen vino, en un poco de aguardiente ó en la enfermedad que le había atacado ya? Lo cierto fué que se metió en cama y que no pudo levantarse, por lo cual fué menester llamarme.

Mientras la buena mujer me hablaba, yo desde la puerta vi pasar á Mary, que había cogido en brazos á uno de aquellos chiquillos, el menos feo, pero muy sucio, á pesar de lo cual la joven le daba reiterados besos en los carrillos y en los redondos bracitos, diciendo que se lo quería comer, en tanto que su novio se la comía á ella con ojos de hambriento. Hubiera querido gritarle desde donde estaba: «No haga

usted eso; no bese usted á ese niño,» pero ya no había remedio.

Abrevié la visita, recetando cualquier cosa, y con gran disgusto dije á mi par de palomos:

- Volvamos pronto á casa; nos están esperando. - ¿Qué ha sido?, preguntó Mary, que presumió algo.

El abogado no había notado nada, porque estaba demasiado enamorado.

- Todavía no lo sé á punto fijo, contesté apretando el paso deseando instintivamente alejarme de allí lo más pronto posible; en esa casa hay una enfermedad infecciosa, y temo que la haya importado la *Bella Francisca*.

- ¿Quién es la *Bella Francisca*?

No contesté por miedo de sobresaltar demasiado á mis enamorados, y también porque quería abrigar la esperanza de haberme equivocado; pero, en suma, me parecía que Baccicin tenía el cólera morbo.

Camino andando, me aconteció más de una vez que en vez de seguir á mis palomitos, iba delante de ellos; al notar lo volvía la cabeza y veía al abogado cogiendo alguna zarzamora para depositarla con su propia mano en los labios de Mary, ó los sorprendía á entrambos inclinados cogiendo margaritas y otras flores campestres. Al ver que no tenían tanta prisa como yo, dejé á mi vez de tenerla y me senté sobre la hierba, gritándoles que no se apresurasen, pero añadiendo en voz baja, como si respondiese á una idea persistente: «Vete, vete.» La idea se disipó un poco, pero para volver con más fuerza que antes.

«Tu deber de médico, me decía, es dar cuenta sin perder momento á los alcaldes de Tresceros y Cuatroceros del descubrimiento que acabas de hacer, para que se tomen toda clase de precauciones á bordo de la *Bella Francisca*, se prohíba á los marineros que salten á tierra y á los habitantes de la casa de campo que bajen al pueblo á hacer provisiones. Por una afortunada casualidad, los dos alcaldes están en Tresceros; apenas llegues notifícales verbalmente lo que ocurre y esta noche darás parte por escrito.»

Debían leerse en mi cara estos pensamientos que no tenían nada de alegres; pero la joven y el abogado estaban ocupados únicamente en mirarse, y cuando se me acercaron disculpándose y yo despedí un destello de alegría que se fué á tierra, ellos no lo notaron, antes al contrario, Emilio hizo observar á Mary que yo conservaba siempre mi buen humor.

¡Ah! Sí, valiente buen humor el de un médico titular que tiene en su jurisdicción un caso franco y marcado de cólera morbo y que piensa en las objeciones de los médicos de Cuatroceros, que acudirían para declararlo tal vez cólera esporádico — los muy asnos; — alegría, capaz de hacer llorar á las piedras, de un doctor veterano que ha tomado cariño á sus clientes, los cuales le pagan un tanto al año y que teme verlos atacados uno á uno de tan sucia enfermedad, retorciéndose por efecto de los calambres, y muriendo como moscas para que ni siquiera los entierren bien, sino amontonados, como había podido ver en otras ocasiones.

Cuando Mary tuvo lleno el pañuelo de flores, se reunió conmigo prometiéndome que ya no cogería más; pero no bien echamos á andar, faltó á su promesa para arrancar de un olivo una rama que, no cabiendo en el pañuelo, entregó á su novio.

— No lo pierda usted, porque es el símbolo de la paz. ¿No es verdad, doctor?

— Ya lo creo.

Así bajamos á Tresceros, ellos ocupados de las grandes naderías de su amor, y yo preocupado con lo que había visto, confiando en encontrar un médico que, más perspicaz que yo, me convenciese de que yo era un *pedazo de burro*.

Entramos en casa de *fraulein* Julia alborotando un poco, y los novios ostentaron en seguida la rama de olivo, la cosecha de flores y su amor, nacido apenas y crecido ya á ojos vistas.

— ¿Qué tiene usted?, me preguntó mi antigua amiga.

— Nada, sino que como he visitado un enfermo que no me gusta, tal vez se me conozca en la cara mi descontento. ¿Dónde está el alcalde?

Se había marchado ya á Cuatroceros, diciendo que enviaría el coche á la hora prefijada.

Faltaba todavía media hora larga, y yo la aproveché para llenar de zozobra las cuatro salas del casino.

Dije en voz baja muy pocas palabras al oído del alcalde de Tresceros, pero aquel bendito hombre se puso á gritar de pronto:

— ¡Tenemos el cólera morbo en casa de Baciccin!

— ¡Silencio!, le dije. El miedo es casi peor que la enfermedad.

— ¡Silencio!, repitió el alcalde. Si alguien dice una palabra de esto, ¿sabéis lo que sucederá? Cuando menos, que los pocos bañistas que hay huyan de aquí.

El carnicero y el panadero callaron como mudos; pero el taciturno escribano, que ya se había embolsado todo el precio del piso alquilado, soltó la lengua para decir que era preciso tomar prontas medidas, reunir el ayuntamiento y pedir algo al subgobernador de Cuatroceros y hasta al ministro.

Como había tres concejales presentes, temí por un momento que se quisiese abrir en el acto la discusión de las medidas para alarmar aquella misma tarde á todo Tresceros, y entonces las colerinas que á veces son consecuencia del miedo no me dejarían comer tranquilamente con los novios.

— Silencio, repetí; puedo haberme equivocado y así lo deseo sinceramente; cierto que lo que he visto me inquieta y debe inquietaros también á vosotros, pero inquietémonos estando quietos.

Hasta los juegos de palabras sirven para algo; yo fuí el primero en reirme del mío, y todos hicieron otro tanto. Me ofrecí á pasar á Cuatroceros para rogar á mis cinco colegas que tuviéramos todos una consulta junto al lecho del enfermo.

Mientras estaba hablando llegó el coche del alcalde Alejo; recomendé por última vez á todos que guardaran silencio y fuí á casa de *fraulein* Julia. A los pocos minutos pasamos por delante del casino y desde la ventanilla del carruaje vi las caras largas que allí había dejado y que me parecieron más alargadas aún á causa del miedo. *Fraulein* Julia iba á mi lado, y al de Mary se había sentado el abogado, que por no perder tan delicioso contacto, se dejó en el zaguán el velocípedo, proponiéndose recogerlo á la vuelta.

V

El resto del día se pasó con alegría, porque no quise hacer perder el apetito á los comensales sacando á la mesa como aperitivo el cólera morbo. Al contrario, los aperitivos consistieron en jamón cocido y crudo, anchoas, sardinas, mantequilla, pastel de Es-

trasburgo y otras cosas sabrosas. A continuación de estos manjares tentadores siguióse lentamente la epopeya de una comilona latina, compuesta de un timbal de macarrones, pavo asado al horno, langostas enormes y no sé cuántas otras materias de indigestión.

Las señoras alemanas, informadas ya del clasicismo de nuestras mesas, apenas probaban de los platos, mientras el alcalde, por no montar en cólera al ver tanta parsimonia, decía que él había comido doble; pero no era verdad, porque era en todo la regla fija, regla que no toleraba excepciones y mucho menos indigestiones, y si bien se servía un monte de pastel ó de carne, no comía más de lo necesario.

Durante la comida noté que los novios, sentados uno junto á otro y haciendo poco caso de los manjares para no dejar de mirarse, comían con una mano sola, el abogado con la izquierda y Mary con la derecha; sin duda las otras dos manos estaban enlazadas debajo del mantel.

Después de tomar café, y cuando el alcalde pidió permiso á las señoras para fumar un cigarro en el balcón, yo, que no fumo, me acerqué á él para decirle lo de Baciccin.

El caballero Alejo no se alarmó, porque lo repentino para él no existía, y en su concepto tampoco debía existir en la naturaleza si los hombres no lo hubiesen consentido con su imbecilidad. Sabía demasiado qué procedimientos debían adoptarse en cada caso difícil: informe al alcalde de Tresceros... (Está ya informado, le dije. — Y entonces le correspondía al alcalde de Tresceros informarle á él, porque el peligro era común. — Precisamente yo había asumido este encargo. — El caballero Alejo fué indulgente y siguió adelante); avisar al gobernador; aislar á la familia del enfermo en su casa con buena custodia ó en el lazareto: desinfectar la *Bella Francisca* y alejarla del puerto; hacer todo esto con el mayor sigilo para no ahuyentar á los habitantes y á los bañistas, y por último, consulta de los cinco médicos.

Después de fumar su cigarro, el alcalde pidió permiso para ir al ayuntamiento un momento; yo le acompañé para auxiliarle, y antes del anochecer todo quedó combinado; de los cinco médicos, sólo dos se encontraron disponibles; sus colegas avisarían á los otros tres, que harían la visita cuando pudiesen.

Por el último tren de aquella noche regresamos á Tresceros. El abogado Emilio, al despedirse de nosotros, dejaba toda su alma en el vagón; pero quedó en volver á la mañana siguiente muy temprano para recoger su velocípedo.

Siempre recordaré aquella consulta famosa celebrada al amanecer del siguiente día. Mis dos colegas, llegados por la opuesta ladera de la colina, me encontraron junto á la casita en compañía de la mujer de Baciccin. Todavía no había visto al enfermo, porque, según me dijo su mujer, había pasado toda la noche quejándose y hacía poco rato que descansaba. Le pregunté si había cumplido mis órdenes y acostado en la cocina á los niños para alejarlos todo lo posible del paciente; pero me contestó que le había costado mucho trabajo, pues al fin y al cabo el enfermo era el padre de sus hijos; sin embargo, por obediencia se avino á hacer lo que yo le encargué.

Al ver llegar á los dos médicos, alzó los brazos al cielo, queriendo significar que su Baciccin estaba desahuciado.

Mis dos colegas eran de muy diferente escuela; el uno viejo, muy dado á las sangrías y á las sanguijuelas; el otro muy joven, con la cabeza llena de estudios microscópicos y de una erudición nueva, dispuesto á romper lanzas contra las ideas de otro tiempo y contra los hombres antiguos, excepción hecha de Hipócrates, porque le venía bien citar en sus discusiones. En perfecto antagonismo todo el año, se habían acercado un tanto mientras trepaban por aquellas cuestas, para negar ambos que el caso denunciado por mí fuese verdaderamente de cólera morbo asiático.

El doctor Tonto, el viejo, después de saludarme con mucha amabilidad, me dijo riendo:

— Ya sé que ha difundido usted el espanto por toda la población de Cuatroceros.

Y el doctor Zucchettini, el joven, añadió con mucha gravedad que no era mía la culpa, sino del cólera..., pero que ya estaban tomadas en Cuatroceros todas las disposiciones necesarias como si en efecto se tratase de dicha enfermedad. Por lo demás, no dudaba de que mi recelo tuviese algún fundamento.

El día anterior habría deseado que un médico me hubiese avergonzado probándome en una consulta que se trataba de una simple gástrica; pero ahora, viéndome delante aquel jovencillo recién salido de la clínica, así como á aquel famoso carnicero y las ojeadas que mutuamente se dirigían, confieso que

deseaba no haberme equivocado y quise firmemente que Baciccin tuviera el cólera morbo asiático.

Sin responder palabra, rogué con un ademán á mis colegas que me precedieran; ellos á su vez me rogaron que pasara delante, y entré en la habitación de la planta baja, donde yacía Baciccin.

Por fortuna mía, el desgraciado estaba peor que la víspera; durante la noche había tenido cinco veces calambres en las pantorrillas, y al entrar nosotros volvía á tenerlos.

Expuesto el diagnóstico que hice el día anterior, mis colegas lo aprobaron en silencio; luego el doctor Tonto quiso saber lo que había recetado, y el doctor Zucchettini examinó los excrementos, que eran su fuerte.

Entretanto Baciccin nos miraba á uno tras otro como para interrogarnos; parecía decirnos con los ojos:

«¿Queda todavía alguna esperanza para mí?»

«No, pobre Baciccin; no queda ninguna; puedes encomendar á Dios tu alma.»

Habría sido una respuesta cruel, pero leal; y en vez de dársela, discutíamos, sin ocuparnos de él, el caso que se nos presentaba, solamente para decidir científicamente si la grave enfermedad del antiguo marinero era el cólera morbo asiático ó una gastroenteritis aguda europea.

El doctor Tonto aseguraba que se presentaría el íleo, llamado vulgarmente cólico miserere, dentro de uno ó dos días; el doctor Zucchettini no afirmaba nada, pues quería examinar antes con el microscopio las materias fecales, y después emitiría su dictamen; sin embargo, ambos convinieron en que podría muy bien ser el cólera asiático, pero dejándome aún toda la responsabilidad de mi afirmación.

— ¿Tiene usted todavía esa seguridad?, me preguntó mi viejo colega con cierta ironía.

— Hoy, más que ayer, creo que es necesario aislar al enfermo, y hasta temo que las precauciones no lleguen á tiempo.

Baciccin escuchaba estas y otras frases sin entender una jota por fortuna suya, y sólo cuando nos dispusimos á salir al aire libre porque en aquel cuarto se respiraba con dificultad, exhaló un prolongado gemido y pidió que se le recetara algo.

Satisface su deseo recetándole un brebaje en el cual entraban algunas gotas de láudano y un poco de alcanfor, y le dije que para curarse era absolutamente preciso llevarlo al hospital.

El alcalde de Tresceros no se había descuidado, pues al salir encontramos una camilla preparada y los tres enfermeros del hospital, á los que se había agregado el sepulturero. Estos cuatro hombres, turnando, debían transportar á Baciccin al hospital de Tresceros, dejándolo en una sala apartada. Se habían provisto de unos guantes de gruesa piel, y parecía que los habían metido en una tinaja de ácido fénico: tan desinfectados estaban que hedían á veinte pasos de distancia.

A fuerza de hablar mucho, conseguimos de la mujer de Baciccin que dejara sacar á su marido, el cual se puso en la camilla y lo bajaron despacio al llano.

Aconsejé al enterrador que hiciera por que el enfermo no le viese á fin de evitarle toda idea melancólica, y en efecto, aquel hombre fúnebre se mantuvo retirado hasta que llegó el momento de coger una de las varas de la camilla.

Cerré la puerta de la habitación, rociada por todas partes de cloro y ácido fénico, y nos fuimos después de aconsejar á la pobre mujer que estuviese todo el tiempo posible al aire libre, sin entrar nunca en aquel cuarto, ni bajar tampoco á Tresceros. Todo ello con muy poca esperanza de que me obedeciese; pero era todo lo más y lo mejor que se podía hacer para defendernos todos de la epidemia.

Los enfermeros llevaron silenciosamente la camilla por el campo, y de pronto la mujer de Baciccin, que se había violentado hasta parecer una heroína, rompió desesperadamente en plañideras voces. Corrí á ella y conseguí acallarla con pocas palabras.

— Silencio, que Baciccin la oye á usted...

Metióse un pañuelo en la boca y siguió sollozando; pero en esto la niña, que había presenciado con curiosidad todo lo ocurrido, creyó llegado el momento de desahogar su mal humor llorando á gritos, y el chicuelo, por temor de obrar mal no imitando á su hermana, empezó también á chillar. Entonces la madre se enjugó las lágrimas para dar un beso á cada uno de sus hijos, aunque poco después tuvo que hacer seguir á los besos un par de pescozones para que acabasen de berrear de una vez.

Salí de aquella casa desolada prometiendo á la Baciccina que volvería al día siguiente á verla, porque ella me aseguraba que caería enferma á causa de su fatiga anterior y de su pena actual.

Mis colegas habían echado á andar poco á poco, pero de vez en cuando volvían la cabeza para darme á entender que no nos habíamos despedido. Los alcancé corriendo y les dije:

— Que ustedes lo pasen bien, hasta la vista.

Entonces ellos se metieron por un atajo para llegar más pronto á Cuatroceros, mientras yo seguía á alguna distancia el triste convoy en el que iba Baciccín al hospital para penar otro poco antes de descansar en paz debajo de tierra.

Cruzaban por mi imaginación muchas ideas melancólicas, aunque respiraba el aire fresco de la mañana, perfumado con todos los gratos olores de la colina: yo los distinguía uno por uno; el olor del heno amontonado al pie de los olivos, el de la tierra bañada de rocío, el penetrante perfume del próximo pinar, pero sobre todos se destacaba el hedor del ácido fénico que los cuatro conductores de la camilla habían difundido por el campo.

Parecíame que todo se había hecho con la mayor prudencia, pero tampoco de esto estaba seguro; la melancolía me sugería la idea de que tal vez hubiera sido mejor dejar á Baciccín en la colina, aislarlo de algún modo..., pero ¿cómo? Poniendo para mayor seguridad un centinela armado hasta los dientes en la casita para que ninguno de sus habitantes pudiese transpasar un límite trazado por el miedo y por el egoísmo.

El centinela se relevaría cada dos horas... Y luego todos los centinelas purgarían la cuarentena en una fortaleza.

Eran verdaderas locuras las que se me ocurrían, pero la verdad es que se me ocurrieron y me hicieron daño.

Luego la naturaleza, despierta enteramente, me habló con palabras más alegres; las golondrinas parecían acompañarnos revoloteando en torno de la camilla; de los árboles, que goteaban rocío, levantaron el vuelo pequeñas bandadas de avecillas pararas, y un grueso pico-cruzado, pendiente del tronco de un olmo, le dió tres picotazos antes de echar á volar rasando el suelo.

Mis malos pensamientos se disiparon. La campiña, que relucía á los rayos del naciente sol, parecía hecha para amar; acordéme entonces de mis dos novios; á aquella hora el abogado estaría andando el camino de Cuatroceros á Tresceros; el velocípedo debería parecer tardo para su impaciencia; Mary estaba ya despierta y se asomaba á la azotea para verle llegar; solamente *fraulein* Julia, obtenida la paz del corazón, dormía sin prisa de despertarse, porque tal vez soñaba en sus mejores tiempos.

Pero ¡cuán falaz es el pensamiento humano! De pronto vi desembocar á los tres por un sendero: á *fraulein* Julia con los dos amantes.

Acababa de llegar en velocípedo la noticia de que iban á llevar á Baciccín al hospital de Tresceros al amanecer, y las dos señoras alemanas quisieron ir en seguida á la casita de la colina para consolar á la familia.

El joven abogado Emilio, tratándose de acompañar á Mary, no veía ningún inconveniente en repetir la excursión que días antes le había gustado tanto.

Yo, sin decir una palabra, les señalé la camilla que bajaba lentamente á un centenar de pasos de nosotros y dije:

— No vayan ustedes allá arriba por ahora: la familia se habrá tranquilizado quizás, y al verlos á ustedes volverán á llorar...

Pero *fraulein* Julia interrumpió esta recomendación diciendo:

— Los desgraciados son los que no saben llorar... ¿Hay peligro? — añadió indicando á los dos jóvenes, que, llevados de su amor, parecían mirar con indulgencia á aquel colérico que mañana estaría enterrado, á aquellos conductores taciturnos que andaban con paso acompasado y que tal vez por la noche caerían también víctimas del contagio.

— Doctor — insistió, — déjenos usted ir á ver á los niños de la Baciccina; los lavaremos antes de besarlos; les daremos confites y no llorarán.

— Hay efectivamente peligro, contesté sin hacer caso de aquellas palabras cariñosas que sonaban como una música. La casa está ahora desinfectada, pero no tengo la seguridad de que sus habitantes no hayan atrapado ya el cólera.

— Nosotros no tenemos miedo.

No, Mary no tenía miedo, y el abogado tampoco; ambos se consideraban preservados de la muerte sólo porque se amaban.

Pero lo mejor fué que *fraulein* Julia me repitió las mismas palabras:

— Nosotros no tenemos miedo.

Mary hizo una mueca adorable al añadir:

— No estamos en el mundo únicamente para ver cosas bellas y agradables...

— ¿Y quién sabe si no es también una cosa bella el ver las lágrimas de dos criaturas desoladas por la desgracia de su padre?, añadió sin énfasis *fraulein* Julia.

— Los acariciaremos, prometeremos una muñeca á la niña y un caballo de madera al muchacho, dijo á su vez el enamorado abogado, aunque no con tanta tranquilidad, queriendo dar á entender que tampoco él había venido al mundo sólo para ver cosas agradables.

Tuve ganas de decirle: «Cállese usted; que si *fraulein* Mary no tuviese esa carita de Virgen y esa gracia celeste, no hablaría usted con tanta seguridad.» Pero me contenté con mirarle con indulgencia, aunque él ni siquiera reparó en mi mirada.

— ¿Conque nos deja usted ir?

— No, no lo permita si no me prometen ustedes que no entrarán en la casa, que no cogerán en brazos á los niños, que no los besarán...

Lo prometieron todo, y como la camilla se había perdido de vista, me separé de ellos para cumplir hasta lo último con mi deber.

— Vaya usted al mediodía á comer con nosotros, me dijo *fraulein* Julia desde lejos.

— Si puedo...

— Haga usted por poder, gritó Mary.

Fué la última voccecita de la amena campiña: luego bajé la cuesta despoblada de árboles, donde los pájaros ya no cantaban, y donde las lagartijas asomaban entre las piedras para calentarse á los primeros rayos del sol.

No se veía alma viviente por el camino y pude cerciorarme de que no se había notado mucho la entrada de Baciccín en el pueblo.

Pero al fin y al cabo se había notado, y bastó para que antes del mediodía se hubiera propalado por todo Tresceros la funesta noticia de que el cólera morbo había invadido el pueblo por causa de Baciccín.

Me acosaron á preguntas, y hube de mentir, como es nuestro deber de médico, para tranquilizar los ánimos perturbados.

VI

Aconteció lo que siempre acontece en casos tales; la noticia de que Baciccín había introducido el cólera en el pueblo de Tresceros llegó prontamente á oídos de los miedosos, produciendo gran número de colerinas que curé con gran abundancia de limones del país.

Los enfermos tenían muy poca fe en mi remedio, pedían otro, pero yo seguía firme en mi sistema curativo.

El resultado fué magnífico, curé la molestia y refrené los miedos.

El asunto no anduvo tan llano en el hospital: Baciccín murió al tercer día, y naturalmente, lo sepultaron de noche; apenas estuvo enterrado, su enfermero cayó en cama con el cólera. En nuestro pueblo es materialmente imposible ocultar algo, y volvieron á empezar en los trescerianos los miedos, las colerinas y la necesidad de los limones.

Cierto día ocurrió una infamia de la suerte; la viuda de Baciccín, el único sostén de los dos niños semidesnudos, fué atacada también del cólera.

Metióse en cama y encargó á sus hijos que no entrasen en el cuarto, y que no se moviesen de la puerta de la casa hasta que viesan pasar á algún campesino y lo llamasen.

Los pobrecitos niños se pusieron á la puerta llorando, hasta que un muchacho mayor que ellos, que se buscaba algunos céntimos saqueando nidos, los oyó y se acercó á enterarse de lo que les sucedía. Encargósele que viniese á llamarme; afortunadamente yo estaba en el pueblo y acudí al punto.

Por más precauciones que el alcalde y los mismos interesados habían tomado, no fué ya posible tener oculta la desgracia que había caído sobre la alegre Tresceros; los bañistas la husmearon en el aire desde el primer día á la hora del baño, aunque el bañero, más malhumorado que de costumbre, hubiera permanecido mudo como los peces de su espacio de mar.

Una mamá más miedosa hizo su equipaje para poner en salvo á su prole; el éxodo empezó y todos los bañistas desaparecieron durante la segunda semana de agosto, no por causa del cólera, pues siempre hay gente que no cree en nada, ni aun en las epidemias, sino más bien por temor de las cuarentenas.

Las señoras alemanas fueron las únicas que no pensaron en marcharse, pareciéndole á *fraulein* Julia, según me aseguraba, que hubiera sido una indigna crueldad huir como diciendo á los que se quedaban: «Nos vamos porque apreciamos la vida; vosotros, pobre gente, arreglaos como podáis.»

Mary y el abogado ni siquiera echaban de ver aquel desastroso cambio en lo que les rodeaba: al contrario, este cambio les parecía cada día mejor, porque de día en día se amaban más.

Hubo que transportar á la Baciccín al lecho donde había muerto su marido, y fué también preciso albergar en el hospital á los dos pequeñuelos para tenerlos allí en observación.

Para abreviar, quince días después tuvo el alcalde que mandar fijar en las esquinas un bando impreso haciendo saber que, teniendo el cólera morbo en casa, todos los vecinos debían abstenerse de visitar, aun ocultamente, los pueblos cercanos no contagiados, los cuales no agradecerían ciertamente la visita y serían capaces de apelar hasta á la violencia para rechazarlos; y que si permanecían, como aconsejaba, en sus casas, tuviesen en cuenta que las indigestiones son muy malas en tiempos de cólera, que comiesen poca fruta y poca verdura, y al primer síntoma de enfermedad llamasen al médico.

Yo mismo había escrito este consejo; pero no fué la única víctima, porque desde luego se reconoció que no era bastante un solo médico, y el ayuntamiento insertó un anuncio en los periódicos solicitando otros; se ofrecieron muchos; admitióse á uno con sueldo y otro se presentó voluntariamente en la confianza de que también á él le tocaría algo.

Sucedieron los casos de cólera uno tras otro y á los tres médicos les tocó trabajar por tres; al principio todos los casos fueron fulminantes, y el enterador apenas tenía tiempo para alojar á sus nuevos inquilinos. El pobre abría fosas todo el día, sudando á más y mejor, y el ayuntamiento hubo de señalarle doble paga y nombrarle un ayudante, por más que nos repugnase confesar que la mortalidad iba aumentando y que muchas de las personas á quienes estrechábamos la mano por la mañana necesitarían al día siguiente una sepultura.

Cuatroceros seguía incólume, y también todos los otros vecinos; nuestro pueblo era el único invadido por la epidemia.

¡Qué vida la nuestra! No hablo ya de los médicos, pues á nosotros se nos pasaba el tiempo muy pronto, sino de los trescerianos, acosados de miedo, llenos de dolor por la muerte de las personas queridas y por la falta de trabajo que sufrían los más necesitados.

El abogado Emilio se había dejado comprender de buen grado en los decretos que establecían cuarentenas en todos los pueblos comarcanos, y según afirmaba le daba miedo la cuarentena en un lazareto, por lo cual alquiló dos habitaciones amuebladas y se instaló en el pueblo.

Los dos novios estaban todo el día juntos, casi siempre en casa, ó paseando por el campo, pero á menudo iban á ejercer una obra de caridad visitando á algún vecino atacado del cólera.

De este modo ganaban sin duda el cielo, pero exponiéndose á ir prematuramente á él. Todas mis instancias fueron inútiles, y sucedió lo que forzadamente había de suceder; que Mary fué la primera en atrapar el cólera, y de firme.

Habían ido á la colina, como acostumbraban todos los días, cogiendo Emilio flores campestres para adornar con ellas la cabeza de su novia y cogiendo además en la linda boquita de Mary algún beso que ella se dejaba dar, pero rebelándose cuando su novio no se contentaba con uno solo y quería duplicarlo.

Cuando regresaban al pueblo, Mary se quitaba la corona de flores y hacía con ellas un ramillete que Julia ponía en seguida en un vaso con agua fresca. Pero las florecillas campestres, arrancadas del terreno en que nacían, perdían muy pronto su belleza, y Julia se lamentaba de ello siempre que las ponía en agua.

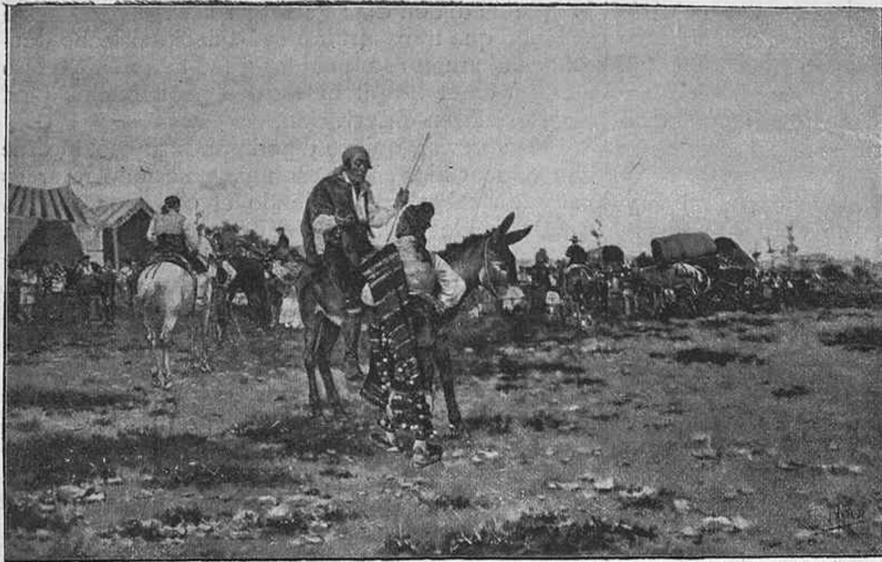
Mary contrajo la enfermedad en el campo; sintió que le faltaban las fuerzas, que se le doblaban las piernas y tuvo que echarse sobre la hierba apoyando la cabeza, rodeada de una florida guirnalda, en las rodillas de su novio.

El abogado pasó el cuarto de hora más horroroso de su vida; un cuarto de hora horrendo, pero hermoso, de belleza salvaje, como dice ahora que ya ha pasado.

Ver á su amada Mary, sumamente pálida, con aquella corona en la cabeza como una mártir, sufriendo mucho sin saber de qué mal, pero sospechando que fuese el cólera que azotaba á la población de Tresceros; verse allí en el campo solitario, á las faldas de la colina, sin poder gritar para pedir auxilio, que hubiera sido inútil, y saber que tenía á su lado á aquella joven tan bella y tan amada, unida á él con un nuevo vínculo, tan fuerte casi como el amor, era una tribulación deliciosa. Así se expresa ahora.

(Continuará)

EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS. - BARCELONA. 1898



EN LA FERIA, cuadro de Joaquín Agrasot



CAMINO DE BENALOSA, cuadro de José Pinelo

EXPOSICION GENERAL DE BELLAS ARTES

II

Si cada nación ofrece caracteres distintivos, los presenta también cada región, de tal suerte que no sólo se manifiestan en las producciones de su suelo, en los tipos y en las costumbres, sino en la exposición de todas sus energías. De ahí que si las obras francesas de esta exposición difieren en absoluto de las que proceden de los países del Norte y las flamencas de las italianas, lo mismo acontece respecto de aquellas producciones que se exhiben en la sección española, puesto que sin consultar los antecedentes consignados en el catálogo, puede desde luego determinarse la provincia en donde tienen su origen.

Y es que la mayoría de los pintores alientan en el ambiente en que se educaron, observan lo que les rodea y se inspiran en cuanto significa el modo de ser y los ideales del país en que nacieron. Cierta es que algunos han modificado la gama y el concepto, pero lo han hecho con plausible inteligencia y acierto, aceptando lo adaptable, sin incurrir en la exageración.

Véase, por ejemplo, el lienzo titulado *Ofrenda*, de Ramón Pichot, premiado por el Jurado, que á pesar de ser una de las poquísimas producciones en que manifiesta de modo más visible la corriente transpirenaica, revela el comienzo de una nueva tendencia, diversa de aquella en que se dió á conocer el joven pintor catalán. Más razonable resulta el cuadro de Félix Mestres, en el que sobresale la niña que figura en primer término, pintada con feliz acierto, y los notables retratos de sus hijos que ha exhibido Dionisio Baixeras. El *Exilio*, de Francisco Masriera, ha de estimarse como una nueva demostración de su habilidad para alcanzar admirables efectos por medio de la delicada interpretación de las coloraciones y de su maestría en la ejecución. El paisaje de Luis Doméngue lleva consigo el sello distintivo de la escuela olotense, fundada por el inolvidable Vayreda, cuyas huellas parece trata de seguir el pintor del cuadro titulado *Septiembre*, pues resulta fresco y jugoso, conservando la impresión de la naturaleza de aquella comarca, pero sólo puede estimarse como obra de un discípulo aventajado de aquel malogrado artista. En cuanto á la *Salida de la procesión*, de Ramón Casas, es una nueva y brillante prueba de su talento y de su especial habilidad en la agrupación de masas que se mueven, llenas de vida y de verdad y dispuestas en admirable perspectiva: el ilustre pintor catalán siente la realidad como pocos, y como pocos logra hacerla sentir al espectador de sus hermosos lienzos.

Los valencianos hállanse bien representados, sin que por eso hayan abdicado de sus tradiciones artísticas. Joaquín Agrasot presenta, entre otros, su primoroso cuadro *En la feria*, pintado con extraordinario carifio, con derroches de luz y de color: José Benlliure, cuyo nombre tanto significa para el arte moderno español, preséntase en su cuadro de caballete *Esperando la limosna* dueño de la paleta y de la línea, y Manuel Benedito, en su gran lienzo *Escenas de fábrica*, como pintor de grandes alientos, puesto que el grupo de obreros que después de las rudas faenas á que se han entregado, se lavan y asean para abandonar el taller, están bien observados y estudiados, especialmente los torsos de algunos de ellos. Las tres obras han sido recompensadas.

Entre las producciones de los artistas sevillanos hemos de citar el bonito cuadro de Ricardo López Cabrera, representando el mercado de la hermosa ciudad del Guadalquivir, que se recomienda por la atinada distribución de los grupos, por su movida disposición y por su tonalidad, caliente sin incurrir en el exceso de producir optimismos de coloración, y el bonito paisaje de José Pinelo, representando el *Camino de Benalosa*, recuerdo de



SIEMPRE AFLIGIDO, cuadro del pintor holandés Eduardo Frankfort

Alcala de Guadaira, que sigue inteligentemente las huellas de Sánchez Perrier.

Réstanos hacer mérito del conocido lienzo de Luis Alvarez, titulado *Visita de pésame*, que á pesar de haberse ennegrecido por la acción del tiempo, es y será una obra digna de aplauso y del buen nombre de su autor.

Bonita es la acuarela que representando la pintoresca *Plaza del pueblo de San Baudilio de Llobregat* ha expuesto Joaquín Coll y Saliati, quien demuestra aptitudes y seguridad en el cultivo de esta clase de pintura.

La sección belga reviste extraordinario interés, llamando la atención que junto á lienzos ejecutados y concebidos con sujeción á los ideales y á reglas impuestas por las modernas corrientes, figuren en ella otros que por la índole de la composición y por el procedimiento recuerdan la escuela de los Van Eyken. Cumplida es la exhibición y tan dignas de alabanzas algunas de las producciones, que no cabe escasearlas ni al Aristarco más exigente. El *claustro de las joyas*, de Pierre-Jean Van Onderaa, precioso cuadro de género, revela una pasmosa habilidad y exquisito gusto en su autor. Análogos observaciones pueden hacerse respecto del *Coro de monacillos cantando los villancicos en presencia de Margarita de Austria y de Carlos V niño*, obra de Willem Geets, que recuerda una de las páginas de nuestro legendario emperador. Diversas observaciones inspiran *El rebaño*, de Corneille Van Leemputten, y el *Cristo rendido*, de Theophile Lybaert. Una y otra producción bastarían para formar la reputación de sus autores si no la hubiesen ya conquistado en artísticas lides.

Italia, que durante algunos siglos fué el centro del arte universal, cuyos dogmas imponía, no tiene en el actual certamen la representación que le correspondería. Esto no obstante, destacan brillantemente *El santón musulmán*, de Fabio Fabbri, verdadero prodigio de ejecución, pues no cabe alcanzar mayores efectos con tan señalada sobriedad, y los *Arrieros*, del marqués de Origo, hermoso lienzo de costumbres romanas.

Nutrida es la sección holandesa, pero á excepción de algunas producciones de artistas ya conocidos, nos resulta la pintura algo sobada, la factura premiosa y la tonalidad impregnada de bituminosa coloración, más resultado de tendencia que de efecto local. Citaremos, sin embargo, el notable lienzo de David de la Mar, titulado *Futuro*, y el *Siempre afligido*, de Eduardo Frankfort.

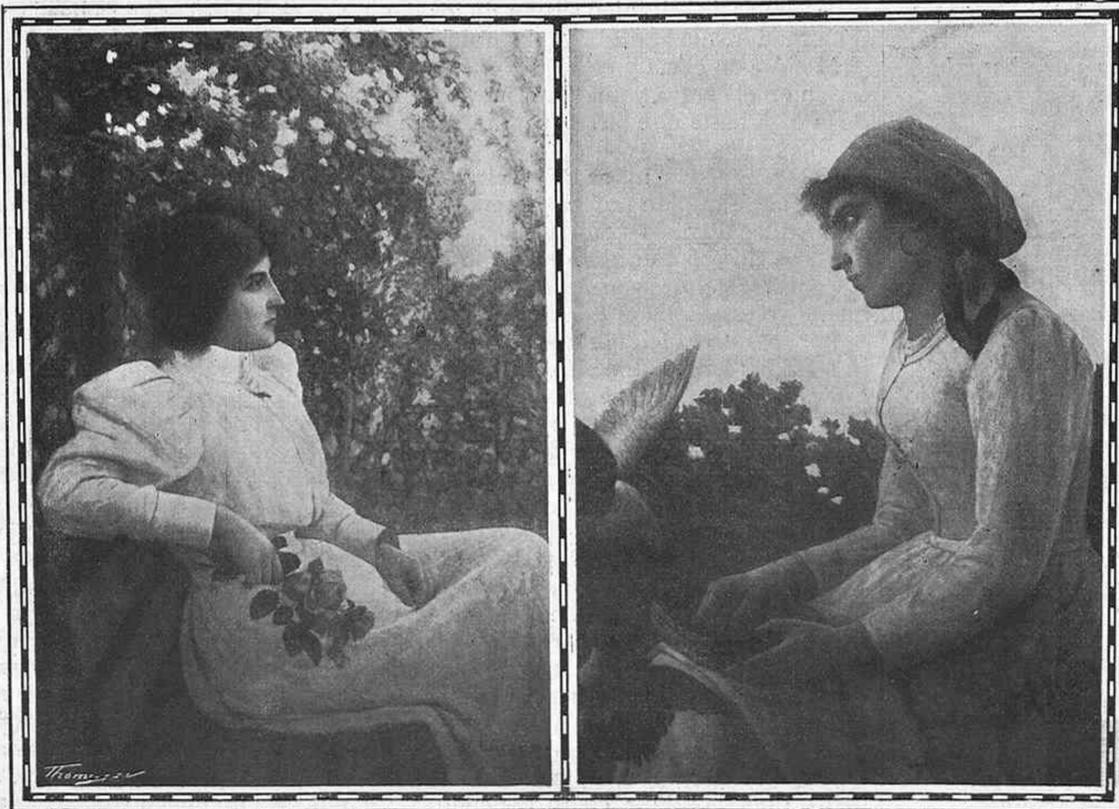
El hermoso estudio de la artista francesa Jeanne Raimonard, denominado *Ensueño*, es una bellísima producción ejecutada con delicadeza y sentimiento, resultando muy recomendables el *Retrato* y el estudio que á su vez presenta el pintor suizo Martino Perlasca.

El lienzo del laureado pintor alemán Félix Possart que representa las *Riberas del lago de Cono*, es una nota bellísima de paisaje: en él aparece en toda su poesía la encantadora naturaleza de aquella privilegiada región de los lagos italianos.

Hemos de llamar la atención respecto del alto relieve de carácter bizantino, titulado *Teodora*, obra del escultor francés Jean Riviere; de la reproducción en bronce de la *Virgen del Olivo*, ejecutada por Antonio Pandiani, copia del cuadro del mismo título de Barabino, y del hermoso plato de loza, obra del distinguido artista Camillo Novelli, quien ha acometido la noble empresa de dedicarse con especialidad á la producción de obras inspiradas en las capitales del arte italiano.

Tal es la impresión y el juicio que nos han producido y merecen algunas de las obras que figuran en el actual certamen artístico y que reproducimos en el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, cumpliendo, al consignar las precedentes impresiones, parte del compromiso que con nuestros lectores contrajimos en el anterior artículo publicado en el número 857 de este periódico.

A. GARCÍA LLANSÓ



RETRATO. - SIN NOTICIAS, cuadros de Martino Perlasca



TRES TIOS DE ACTUALIDAD, POR R. CILLA

- 1.º El tío Sam, encargado de redactar el programa de la guerra, con todo el lujo de detalles que le sugiere su acalorada fantasía.
- 2.º El tío Sam...pson, encargado de poner en práctica el interesante programa... hasta donde buenamente se pueda.
- 3.º El tío Pato, que como ya saben ustedes es el encargado de las rebajas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +

DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS, EVITAN DOLORES, RETARDOS

DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS Y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm.º 114, Rue de Provence, 114 PARIS
En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTE
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion, ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la omision de la voz.—PRECIO: 12 RSALDES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PILDORAS y JARABE de BLANCARD
con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
Exigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES** Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatitis.
El Mismo con IODURO DE POTASIO Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MEDICOS ESPECIALES.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmaceuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — CARNE-QUINA En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II — CARNE-QUINA-HIERRO En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmaceuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.



ENSUEÑO, cuadro de Jeanne Raimonard
Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas. Barcelona. 1898

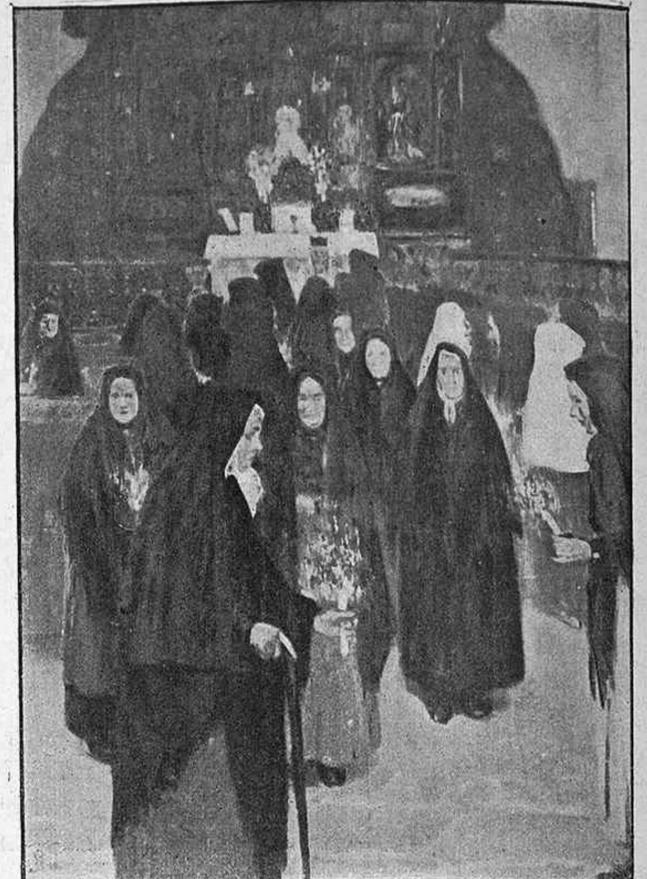
LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

TOLEDO, por *Juan Marina*. — Contiene esta obra varias tradiciones, descripciones y narraciones de la imperial ciudad, llenas de color de la época unas, otras severamente artísticas, sentidas, conmovedoras, amenas y eruditas y todas admirablemente escritas; entre ellas citaremos especialmente *Doña Beatriz de Silva*, *El Cristo de la Vega*, *Santiago y Libertad*, *A la luz de la luna*, *Procesión de antaño*, *Noche toledana* y *El mesón de la Fruta*. El libro, que forma el tomo XIV de la elegante «Colección Elzevir Ilustrada» que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Juan Gili, lleva bonitas ilustraciones de José García Sampedro y se vende á 2 pesetas.

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA, por *José Boniquet*. — Este libro, que forma parte de la biblioteca de «La especialidad estomatológica,» contiene multitud de consejos útiles y perfectamente razonados para la conservación de la boca. La competencia de su autor, el reputado médico cirujano especialista barcelonés Sr. Boniquet, es la mejor garantía de la bondad de esta obra, cuyos preceptos deben ser seguidos por cuantos quieran conservar la belleza de la dentadura y evitarse dolorosas enfermedades. Véndese el libro en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, Barcelona, á 2 pesetas 50 céntimos.

BENEFACTORES Y HOMBRES NOTABLES EN PUERTO RICO, por *Eduardo Neumann*. — La obra que con este título ha comenzado á publicar el laureado escritor portorriqueño D. Eduardo Neumann es de interés innegable por el asunto de que trata y constituye una labor de investigación digna de las mayores alabanzas. Con imparcial criterio, con un orden y un método intachables y en estilo castizo ha hecho el autor una serie de estudios biográfico-críticos de las personalidades peninsulares é insulares más ilustres que han contribuido al progreso moral y material de Puerto Rico. El primer tomo, único hasta ahora publicado, ha sido impreso en Ponce, tipografía de «La Libertad» y contiene muchos fotograbados que representan monumentos, antigüedades, vistas y retratos.



OFRENDA, cuadro de Ramón Pichot
Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas. Barcelona. 1898

PAPERO ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pase y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. St-Denis, 40

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1858
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 81, Rue de Selne.

PANCREATINA DEFRESNE
POLVO PILDORAS
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO { el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los féculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
En todas las buenas Farmacias de España.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESIÓN
ASMA
y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^o, Vicos, 102, R. Richelieu, París

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN